

ORAR CON LA IGLESIA 2007

Edición especial de ORACION Y SERVICIO

Julio - Septiembre 2006

N. 3

PRESENTACION

"Me consuela el hecho de que el Señor sabe trabajar y actuar incluso con instrumentos insuficientes, y sobre todo me encomiendo a vuestras oraciones.

No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra plegaria, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza.

Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros".

Apenas elegido Vicario de Cristo, Benedicto XVI manifestó tres veces su confianza en la oración de intercesión de todos los fieles en su favor. Lo hizo en su primer saludo desde la Logia de las Bendiciones de la Basílica Vaticana, el 19 de abril 2005 y en la Misa solemne de entronización en la Plaza de San Pedro el 24 de abril 2005.

Las intenciones generales y misionales del año 2007, que el Santo Padre se ha complacido en confiar al Apostolado de la Oración, nos rememoran este llamamiento de los primeros días de su Pontificado.

A nosotros toca propagar estas intenciones y hacerlas objeto de reflexión atenta que inspire una oración consciente y responsable, no sólo a los miembros del Apostolado de la Oración, sino a todo el

Pueblo de Dios, como solía pedirnos su venerable predecesor Juan Pablo II tantas veces recordado.

Además de esta presentación, en el presente número especial de ORACION Y SERVICIO encontraréis un comentario de cada una de las intenciones generales y misionales y, par cada intención general, sugerencias para celebraciones litúrgicas, temas de reflexión individual y en grupo, y una oración-meditación.

Intenciones generales

Enero

La verdad de la paz llama a todos a cultivar relaciones fecundas y sinceras, estimula a buscar y recorrer la vía del perdón y la reconciliación, a ser transparentes en las negociaciones y fieles a la palabra dada. En concreto, el discípulo de Cristo, que se ve acechado por el mal y por eso necesitado de la intervención liberadora del divino Maestro, se dirige a El con confianza, consciente de que "El no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca" (1P 2,22; cf. Is 53,9) (Benedicto XVI, Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2006).

Febrero

Hoy en día, la pobreza absoluta sigue azotando a un número demasiado grande de pueblos en el mundo. Demasiadas personas continúan sin tener acceso a los servicios sociales de base, es decir, al agua pura, a instalaciones sanitarias seguras, a atención médica, a la educación, a un techo e incluso a la seguridad. Demasiadas personas están sin trabajo o tienen un trabajo precario. Demasiados niños, sobre todo niñas, no reciben educación suficiente. Demasiados adultos, en especial mujeres, no disponen de un nivel de alfabetización conveniente, ni de la posibilidad de progreso económico ni de integración social. Demasiadas personas padecen

enfermedades y epidemias devastadoras, particularmente en Africa y el Caribe, en especial el SIDA y la malaria, que siguen provocando efectos sumamente desastrosos en Africa y el Caribe. Demasiadas personas se ven privadas de la esperanza de un porvenir más luminoso (Intervención de S. E. Renato Martino en la Cumbre mundial sobre el Desarrollo duradero. Johannesburgo, lunes 2 de septiembre de 2002).

Marzo

¿Dónde encuentro los criterios para mi vida, los criterios para colaborar de modo responsable en la edificación del presente y del futuro de nuestro mundo? ¿De quién puedo fiarme? ¿A quién confiarme? ¿Dónde está el que puede darme la respuesta satisfactoria a los anhelos del corazón? Plantearse dichas cuestiones significa reconocer, ante todo, que el camino no termina hasta que se ha encontrado a Aquel que tiene el poder de instaurar el Reino universal de justicia y paz, al que los hombres aspiran, aunque no lo sepan construir por sí solos. Hacerse estas preguntas significa además buscar a Alguien que ni se engaña ni puede engañar, y que por eso es capaz de ofrecer una certidumbre tan firme, que merece la pena vivir por ella y, si fuera preciso, también morir por ella (Benedicto XVI, Discurso para la Fiesta de Acogida de los Jóvenes, Jueves 18 de agosto de 2005).

Abril

Vosotros, queridos amigos, acabáis de invocar a toda la muchedumbre de los santos, representada por algunos de los grandes nombres de la historia que Dios teje con nosotros. De este modo, también en mí se reaviva esta conciencia: no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza. En efecto, a la comunidad de los santos no pertenecen sólo las grandes figuras

que nos han precedido y cuyos nombres conocemos. Todos nosotros somos la comunidad de los santos; nosotros, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; nosotros, que vivimos del don de la carne y la sangre de Cristo, por medio del cual quiere transformarnos y hacernos semejantes a sí mismo (Benedicto XVI, Homilía, Santa Misa en el Solemne Inicio del Ministerio Petrino del Obispo de Roma, Plaza de San Pedro, Domingo 24 de abril de 2005).

Mayo

Buscar y encontrar a Cristo, manantial inagotable de verdad y de vida: la palabra de Dios nos invita a reanudar, al inicio de un nuevo año, este camino de fe que nunca concluye. "Maestro, ¿dónde vives?", preguntamos también nosotros a Jesús, y él nos responde: "Venid y lo veréis". Para el creyente es siempre una búsqueda incesante y un nuevo descubrimiento, porque Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre, pero nosotros, el mundo, la historia, no somos nunca los mismos, y él viene a nuestro encuentro para donarnos su comunión y la plenitud de la vida. Pidamos a la Virgen María que nos ayude a seguir a Jesús, gustando cada día la alegría de penetrar cada vez más en su misterio (Benedicto XVI, Angelus, Domingo 15 de enero de 2006).

Junio

Desde una perspectiva universal, la globalización es el marco en el que el "Apostolado del Mar" debe ofrecer hoy su apoyo fraterno a todos los marinos y a sus familias, de cualquier cultura y religión, y proporcionar a miles y miles de católicos de casi todas las regiones del planeta el servicio pastoral específico al que tienen derecho. Los "seres humanos" que están al centro de la preocupación de cuantos nos reunimos hoy aquí para este XXI Congreso, son los millones de mujeres y de hombres de todo el mundo cuya vida y trabajo están relacionados con el mar. Confiamos que al final de este encuentro les conoceremos mejor y

que el Apostolado del Mar estará mejor dotado para acompañarlos y poder sostenerlos tanto en el ámbito espiritual, y sacramental, para los católicos, como en el práctico (Arzobispo Stephen Fumio Hamao, Discurso de Apertura, XXI Congreso Mundial del Apostolatus Maris, Río de Janeiro, Brasil, 5 de Octubre de 2002).

Julio

El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la "multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el *bien común*". La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad. Aunque las manifestaciones de la caridad eclesial nunca pueden confundirse con la actividad del Estado, sigue siendo verdad que la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como "caridad social" (Benedicto XVI, Carta Encíclica "Deus Caritas Est" 29, 25 de diciembre de 2005).

Agosto

Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera. Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo

cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerlo y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo (Benedicto XVI, Homilía, Santa Misa en el Solemne Inicio del Ministerio Petrino del Obispo de Roma, Plaza de San Pedro, Domingo 24 de abril de 2005).

Septiembre

Habéis querido comenzar vuestra peregrinación ecuménica europea, que culminará en la asamblea de Sibiu (Rumanía), en septiembre de 2007, precisamente aquí, desde Roma, donde tuvieron lugar el anuncio y el martirio de los apóstoles san Pedro y san Pablo. Y esto es muy significativo, porque los Apóstoles fueron los primeros en anunciar el Evangelio que, como cristianos, estamos llamados a proclamar y testimoniar a la Europa de hoy. Precisamente para dar mayor eficacia a este anuncio, queremos avanzar con valentía por el camino de la búsqueda de la comunión plena. El tema que habéis elegido para este itinerario espiritual - "La luz de Cristo ilumina a todos. Esperanza de renovación y unidad en Europa" - indica que la verdadera prioridad para Europa es esta: esforzarse para que la luz de Cristo resplandezca e ilumine con renovado vigor los pasos del continente europeo al inicio del nuevo milenio. Deseo que cada etapa de esta peregrinación esté marcada por la luz de Cristo y que la próxima Asamblea ecuménica europea contribuya a lograr que los cristianos de nuestros países tomen mayor conciencia de su deber de testimoniar la fe en el contexto cultural actual, a menudo marcado por el relativismo y la indiferencia. Se trata de un servicio indispensable que es preciso

prestar a la Comunidad europea, la cual durante estos años ha ensanchado sus confines (Benedicto XVI, Discurso a la comisión preparatoria de la III Asamblea Ecu­ménica Europea, Jueves 26 de enero 2006).

Octubre

Los católicos en vuestra región constituyen una minoría. Esto plantea muchos desafíos, que requieren dedicación por parte de la Iglesia para apacentar eficazmente la grey y, al mismo tiempo, permanecer fiel a su compromiso misionero. Por esta razón, es esencial que los Obispos promuevan la obra crucial de la catequesis para asegurar que el pueblo de Dios esté verdaderamente preparado para testimoniar con la palabra y con las obras la doctrina auténtica del Evangelio. Al contemplar la Iglesia en Africa, y todo lo que se ha logrado allí durante el último siglo, doy gracias a nuestro Padre celestial por los numerosos sacerdotes, religiosos y laicos, hombres y mujeres, que han dedicado su vida a esta noble tarea (Benedicto XVI, Discurso a los Obispos de Sudáfrica, Botswana, Suazilandia, Namibia y Lesotho en visita "Ad Limina", Viernes 10 de junio de 2005).

Noviembre

El mundo actual se caracteriza por el proceso de secularización que, a través de complejas circunstancias culturales y sociales, no sólo ha reivindicado una justa autonomía de la ciencia y de la organización social, sino también, a menudo, ha cancelado el vínculo de las realidades temporales con su Creador, llegando incluso a descuidar la salvaguardia de la dignidad trascendente del hombre y el respeto de su misma vida. Sin embargo, hoy la secularización, en la forma del secularismo radical, ya no satisface a los espíritus más conscientes y atentos. Esto quiere decir que se abren espacios posibles, y tal vez nuevos, para un diálogo fecundo con la sociedad y no sólo con los fieles, especialmente sobre temas importantes como los que atañen a la vida (Benedicto XVI, Discurso a los participantes en la Conferencia Internacional sobre el Genoma Humano. Sábado 19 de noviembre de 2005).

Diciembre

Queridos hermanos en el episcopado, comparto vuestra profunda preocupación por la devastación causada por el sida y las enfermedades relacionadas con él. Oro a Dios especialmente por las viudas, los huérfanos, las jóvenes madres y todos aquellos cuyas vidas han quedado destrozadas por esta cruel epidemia. Os exhorto a continuar vuestros esfuerzos por combatir este virus, que no sólo mata, sino que también pone seriamente en peligro la estabilidad social y económica del continente. La Iglesia católica ha estado siempre a la vanguardia tanto en la prevención como en la curación de esta enfermedad. La doctrina tradicional de la Iglesia ha resultado ser el único método seguro para prevenir la difusión del sida. Por esta razón, "el afecto, la alegría, la felicidad y la paz que proporcionan el matrimonio cristiano y la fidelidad, así como la seguridad que da la castidad, deben ser siempre presentados a los fieles, sobre todo a los jóvenes" (Benedicto XVI, Discurso a los Obispos de Sudáfrica, Botswana, Suazilandia, Namibia y Lesotho en visita "Ad Limina", Viernes 10 de junio de 2005).

Intenciones misionales

Enero

He apreciado las palabras con las que su excelencia puso de relieve el papel positivo que ha desempeñado la Iglesia católica en el proceso de reconstrucción nacional. En efecto, la Iglesia está fuertemente implicada en el camino de reconciliación y perdón, mediante las intervenciones de sus Obispos, con los que me encontré aquí recientemente, mediante sus numerosas instituciones en el campo caritativo, educativo y sanitario, así como mediante una pastoral orientada a sanar los corazones y ayudarles a descubrir la alegría de vivir como hermanos (Benedicto XVI, Discurso al nuevo Embajador de Ruanda ante la Santa Sede, Jueves 16 de junio de 2005).

Febrero

Primero y ante todo, a la Delegación de la Santa Sede concierne el reto planteado por el HIV y el SIDA, la tuberculosis y la malaria contra el derecho más fundamental y sagrado, el de la misma vida humana. El ejercicio de este derecho a la vida es menor entre las poblaciones de países poco desarrollados, entre las devastadas por la guerra, los conflictos y violencias a gran escala, entre los oprimidos por la discriminación racial o étnica, las migraciones forzosas y los que son víctimas del tráfico humano y la violencia doméstica. Frecuentemente estas mismas personas son también vulnerables a infecciones por el impacto social y económico contra las familias numerosas ocasionado por estas tres pandemias mayores (Mons. Silvano María Tomasi, C.S., en la 61ª sesión de la Comisión de las Naciones Unidas sobre los derechos humanos a acceder a la medicación, Ginebra, martes 29 de marzo de 2005).

Marzo

La catequesis, finalmente, tiene una íntima unión con la acción responsable de la Iglesia y de los cristianos en el mundo. Todo el que ha aceptado a Jesucristo por la fe y se esfuerza por consolidar esta fe mediante la catequesis, tiene necesidad de vivirla en comunión con aquellos que han dado el mismo paso. La catequesis corre el riesgo de esterilizarse, si una comunidad de fe y de vida cristiana no acoge al catecúmeno en cierta fase de su catequesis. Por eso la comunidad eclesial, a todos los niveles, es doblemente responsable respecto a la catequesis: tiene la responsabilidad de atender a la formación de sus miembros, pero también la responsabilidad de acogerlos en un ambiente donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido (Juan Pablo II, Exhortación Apostólica "Catechesi Tradendae" 24, 16 de octubre de 1979).

Abril

La formación adecuada de los sacerdotes y los religiosos es de importancia fundamental para el futuro de la evangelización (cf. *Pastores dabo vobis*, 2). Sé que desde hace bastante tiempo estáis afrontando este asunto con la debida atención. Vuestro interés por el desarrollo humano, espiritual, intelectual y pastoral de vuestros seminaristas, así como de los religiosos y religiosas en formación, dará mucho fruto en vuestras diócesis. Por eso, os aliento a asegurar una esmerada selección de los candidatos, a supervisar personalmente vuestros seminarios y a trazar programas regulares de formación permanente, tan necesaria para profundizar la identidad sacerdotal y religiosa y para enriquecer el gozoso compromiso del celibato. Por último, a este respecto, ofrezco mis oraciones de profunda gratitud por los que trabajan en los seminarios y en las casas de formación. Decidles que el Santo Padre les agradece su generosidad (Benedicto XVI, Discurso a los Obispos de Papua Nueva Guinea e Islas Salomón en visita "Ad Limina" Sábado 25 de junio de 2005).

Mayo

El seminario es un tiempo destinado a la formación y al discernimiento. La formación, como bien sabéis, tiene varias dimensiones que convergen en la unidad de la persona: comprende el ámbito humano, espiritual y cultural. Su objetivo más profundo es el de dar a conocer íntimamente a aquel Dios que en Jesucristo nos ha mostrado su rostro. Por esto es necesario un estudio profundo de la sagrada Escritura como también de la fe y de la vida de la Iglesia, en la cual la Escritura permanece como palabra viva. Todo esto debe enlazarse con las preguntas de nuestra razón y, por tanto, con el contexto de la vida humana de hoy. Este estudio, a veces, puede parecer pesado, pero constituye una parte insustituible de nuestro encuentro con Cristo y de nuestra llamada a anunciarlo. Todo contribuye a desarrollar una personalidad coherente y equilibrada, capaz de asumir válidamente la misión presbiteral y llevarla a cabo

después responsablemente (Benedicto XVI, Encuentro con los seminaristas, Iglesia de San Pantaleón de Colonia, viernes 19 de agosto de 2005).

Junio

Tanto en su vida personal como en el ejercicio de su ministerio, el Obispo debe poner por obra un don del Espíritu Santo, que no está destinado solo a la comunidad cristiana, sino que concierne a toda la sociedad llamada por Dios a la conversión del corazón, a afianzar la vida de fe, esperanza y caridad. En los momentos difíciles y de crisis sociales (integrismo, terrorismo) que atraviesan algunos países nuestros, el Obispo ha de ser para todos el servidor de la esperanza: la sabiduría de sus consejos y la serenidad y paciencia en el sufrimiento hacen de él la roca en que puedan apoyarse los hombres en el momento de la prueba. Nuestra presencia en tierras del Islam sólo es posible, deseada y auténtica si somos humildes servidores del amor gratuito del Jesús de quien somos discípulos. (S.E. Alphonse Georger, Obispo de Orán (Argelia), Boletín de la Comisión para la Información de la Xª Asamblea general del Sínodo de los Obispos, 30 septiembre-21 octubre 2001).

Julio

Miembros de la Iglesia en virtud del bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera. La participación de las comunidades y de cada fiel en este derecho-deber se llama "cooperación misionera". Tal cooperación se fundamenta y se vive, ante todo, mediante la unión personal con Cristo: sólo si se está unido a él, como el sarmiento a la viña (cf. Jn 15,5), se pueden producir buenos frutos. La participación en la misión universal no se reduce, pues, a algunas actividades particulares, sino que es signo de la madurez de la fe y de una vida cristiana que produce frutos. De esta manera el creyente amplía los confines de su caridad, manifestando la solicitud por quienes están lejos y por quienes están cerca: ruega por las misiones y por las

vocaciones misioneras, ayuda a los misioneros, sigue sus actividades con interés y, cuando regresan, los acoge con aquella alegría con la que las primeras comunidades cristianas escuchaban de los Apóstoles las maravillas que Dios había obrado mediante su predicación (cf. Hch 14,27) (Juan-Pablo II, *Redemptoris Missio*, 7 de diciembre de 1990).

Agosto

China y la Iglesia católica, bajo aspectos ciertamente diversos, pero de ningún modo contrapuestos, son históricamente dos de las mas antiguas "instituciones" vivientes y operantes en el mundo: ambas, aunque en ámbitos diferentes – político-social una, religioso-espiritual la otra – cuentan con mas de mil millones de hijos e hijas. Para nadie es un misterio que la Santa Sede, en nombre de la entera Iglesia católica y – creo – en provecho de toda la humanidad, desea la apertura de un espacio de diálogo con las Autoridades de la República Popular China, en el que, superadas las incomprensiones del pasado, se pueda trabajar juntos por el bien del Pueblo chino y por la paz en el mundo (Juan Pablo II, Mensaje para el IV centenario de la llegada a Pekín del P. Matteo Ricci, Vaticano, el 24 de Octubre de 2001).

Septiembre

Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo (Benedicto XVI, Homilía en el Solemne Inicio del Ministerio Petrino del Obispo de Roma, Plaza de San Pedro, Domingo 24 de abril de 2005).

Octubre

Miembros de la Iglesia en virtud del bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera. La participación de las comunidades y de cada fiel en este derecho-deber se llama "cooperación misionera". Tal cooperación se fundamenta y se vive, ante todo, mediante la unión personal con Cristo: sólo si se está unido a él, como el sarmiento a la viña (cf. Jn 15,5), se pueden producir buenos frutos. La participación en la misión universal no se reduce, pues, a algunas actividades particulares, sino que es signo de la madurez de la fe y de una vida cristiana que produce frutos (Juan Pablo, *Redemptoris Missio* 77, dic. 7 1990).

Noviembre

La Providencia me ha consentido visitar dos veces el país que representáis. He podido darme cuenta de los progresos y conquistas de la libertad de una sociedad que es joven y dinámica. Al mismo tiempo, también he palpado la amargura de muchas personas al constatar que vuestra península, habitada por un único pueblo, se ve obligada a vivir en penosa división. La persistencia de sentimientos de hostilidad y oposición entre las dos naciones constituye ciertamente un motivo de preocupación; pero da motivos para esperar el hecho de que hay voluntad concreta de calmar las tensiones a través de diálogos y encuentros, a fin de atenuar las divergencias y encontrar terreno para el consenso beneficioso (Juan Pablo II, Discurso al nuevo Embajador de Corea, Viernes 4 de julio de 2003).

Diciembre

El hecho de que la Iglesia en Asia sea un "pequeño rebaño" (Lc 12,32) no debe llevar al desaliento, porque la eficacia de la evangelización no depende de los números. Después de Pentecostés, los Apóstoles y un número limitado de discípulos fueron enviados a anunciar el Evangelio a todo el mundo (cf. Hch 2,1 ss). Mediante las

parábolas del fermento en la masa (cf. Mt 13,33) y del grano de mostaza (cf. Lc 13,19; 17,6), el mismo Jesús enseña que lo que es pequeño y oculto a los ojos de los hombres, gracias a la intervención omnipotente de Dios, puede obtener resultados inesperados. Por eso, la fe en la divina Providencia debe animar constantemente la acción misionera de la Iglesia en Asia, continente de la esperanza. Con confianza, los cristianos de Asia deben seguir fielmente a Cristo; y han de continuar difundiendo con todo empeño el don de su paz y de su amor (Juan Pablo II, Discurso al Consejo Postsinodal de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos para la Asamblea Especial para Asia, Viernes 19 de noviembre de 2004).

Aloys Van Doren, S.J.

ENERO

ENERO

Para que en nuestro tiempo, desafortunadamente marcado por no pocos episodios de violencia, los Pastores de la Iglesia sigan indicando al corazón de todos la vía de la paz y de la concordia entre los pueblos.

4. La paz, concebida de este modo, es un don celestial y una gracia divina, que exige a todos los niveles el ejercicio de una responsabilidad mayor: la de conformar - en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor - la historia humana con el orden divino. Cuando falta la adhesión al orden trascendente de la realidad, o bien el respeto de aquella "gramática" del diálogo que es la ley moral universal, inscrita en el corazón del hombre (cf. Juan Pablo II, *Discurso a la 50ª Asamblea General de las Naciones Unidas*, 5 octubre 1995, 3); cuando se obstaculiza y se impide el desarrollo integral de la persona y la tutela de sus derechos fundamentales; cuando muchos pueblos se ven obligados a sufrir injusticias y desigualdades intolerables, ¿cómo se puede esperar la consecución del bien de la paz? En efecto, faltan los elementos esenciales que constituyen la verdad de dicho bien. San Agustín definía la paz como "*tranquillitas ordinis*" (*De civitate Dei*, XIX, 13), la tranquilidad del orden, es decir, aquella situación que permite en definitiva respetar y realizar por completo la verdad del hombre.

5. Entonces, ¿quién y qué puede impedir la consecución de la paz? A este propósito, la Sagrada Escritura, en su primer Libro, el *Génesis*, resalta la mentira pronunciada al principio de la historia por el ser de lengua bífida, al que el evangelista Juan califica como "padre de la mentira" (Jn 8,44). La mentira es también uno de los pecados que recuerda la Biblia en el capítulo final de su último Libro, el *Apocalipsis*, indicando la exclusión de los mentirosos de la Jerusalén celeste: "¡Fuera... todo el que ame y practique la mentira!" (22,15). La mentira está relacionada con el drama del pecado y sus consecuencias perversas, que han causado y siguen causando efectos devastadores en la vida de los individuos y de las naciones. Baste

pensar en todo lo que ha sucedido en el siglo pasado, cuando sistemas ideológicos y políticos aberrantes han tergiversado de manera programada la verdad y han llevado a la explotación y al exterminio un número impresionante de hombres y mujeres, e incluso familias y comunidades enteras. Después de tales experiencias, ¿cómo no preocuparse seriamente ante las mentiras de nuestro tiempo, que son como el telón de fondo de escenarios amenazadores de muerte en diversas regiones del mundo? La auténtica búsqueda de la paz requiere tomar conciencia de que el problema de la verdad y la mentira concierne a cada hombre y a cada mujer, y que es decisivo para un futuro pacífico de nuestro planeta.

6. La paz es un anhelo imborrable en el corazón de cada persona, por encima de las identidades culturales específicas. Precisamente por esto, cada uno ha de sentirse comprometido en el servicio de un bien tan precioso, procurando que ningún tipo de falsedad contamine las relaciones. Todos los hombres pertenecen a una misma y única familia. La exaltación exasperada de las propias diferencias contrasta con esta verdad de fondo. Hay que recuperar la conciencia de estar unidos por un mismo destino, trascendente en última instancia, para poder valorar mejor las propias diferencias históricas y culturales, buscando la coordinación, en vez de la contraposición, con los miembros de otras culturas. Estas simples verdades son las que hacen posible la paz; y son fácilmente comprensibles cuando se escucha al propio corazón con pureza de intención. Entonces la paz se presenta de un modo nuevo: no como simple ausencia de guerra, sino como convivencia de todos los ciudadanos en una sociedad gobernada por la justicia, en la cual se realiza en lo posible, además, el bien para cada uno de ellos. La verdad de la paz llama a todos a cultivar relaciones fecundas y sinceras, estimula a buscar y recorrer la vía del perdón y la reconciliación, a ser transparentes en las negociaciones y fieles a la palabra dada. En concreto, el discípulo de Cristo, que se ve acechado por el mal y por eso necesitado de la intervención

liberadora del divino Maestro, se dirige a El con confianza, consciente de que "El no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca" (1P 2,22; cf. Is 53,9). En efecto, Jesús se presentó como la Verdad en persona y, hablando en una visión al vidente del Apocalipsis, manifestó un rechazo total a "todo el que ame y practique la mentira" (Ap 22,15). El es quien revela la plena verdad del hombre y de la historia. Con la fuerza de su gracia es posible estar en la verdad y vivir de la verdad, porque sólo El es absolutamente sincero y fiel. Jesús es la verdad que nos da la paz.

16. Al concluir este mensaje, quiero dirigirme de modo particular a los creyentes en Cristo, para renovarles la invitación a ser discípulos atentos y disponibles del Señor. Escuchando el Evangelio, queridos hermanos y hermanas, aprendemos a fundamentar la paz en la verdad de una existencia cotidiana inspirada en el mandamiento del amor. Es necesario que cada comunidad se entregue a una labor intensa y capilar de educación y de testimonio, que ayude a cada uno a tomar conciencia de que urge descubrir cada vez más a fondo la verdad de la paz. Al mismo tiempo, pido que se intensifique la oración, porque la paz es ante todo don de Dios que se ha de suplicar continuamente. Gracias a la ayuda divina, resultará ciertamente más convincente e iluminador el anuncio y el testimonio de la verdad de la paz. Dirijamos con confianza y filial abandono la mirada hacia María, la Madre del Príncipe de la Paz. Al principio de este nuevo año le pedimos que ayude a todo el Pueblo de Dios a ser en toda situación agente de paz, dejándose iluminar por la Verdad que nos hace libres (cf. Jn 8,32). Que por su intercesión la humanidad incremente su aprecio por este bien fundamental y se comprometa a consolidar su presencia en el mundo, para legar un futuro más sereno y más seguro a las generaciones venideras.

*Benedicto XVI
Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz
8 de diciembre de 2005*

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa por la Paz y la Justicia (MR, Misas por diversas necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Grande será su dominio y la paz no tendrá fin: Is 9,2-7.

Salmo responsorial: Tu, Señor, eres nuestra paz: Sal 84 (85).

Segunda Lectura: Que la paz de Dios custodie vuestros corazones: Flp 4,6-9.

Evangelio: Felices los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios: Mt 5,1-12.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. Según Usted ¿cuáles son los pasos hacia la paz?
2. ¿Cuál es el más importante?
3. ¿Por qué la paz es tan difícil de conseguir?

ORACION - MEDITACION

La venida del rey justo

Isaías 11,1-10

Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces
brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahvéh:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y fortaleza,
espíritu de ciencia y temor de Yahvéh.
(Y le inspirará en el temor de Yahvéh).
No juzgará por las apariencias,
ni sentenciará de oídas.
Juzgará con justicia a los débiles,
y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra.
Herirá al hombre cruel con la vara de su boca,
con el soplo de sus labios matará al malvado.
Justicia será el ceñidor de su cintura,
verdad el cinturón de sus flancos.

Serán vecinos el lobo y el cordero,
y el leopardo se echará con el cabrito,
el novillo y el cachorro pacerán juntos,
y un niño pequeño los conducirá.
La vaca y la osa serán compañeras,
juntas acostarán sus crías,
el león, como los bueyes, comerá paja.
Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid,
y en la hura de la víbora
el recién destetado meterá la mano.
Nadie hará daño, nadie hará mal
en todo mi santo Monte,
porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahvéh,
como cubren las aguas el mar.

INTENCION MISIONERA

Para que la Iglesia en Africa sea cada vez más un auténtico testimonio de la Buena Nueva de Cristo y se empeñe en todas las Naciones en la promoción de la reconciliación y de la paz.

Señor embajador:

Me alegra acoger a su Excelencia con ocasión de la presentación de las cartas que lo acreditan como embajador extraordinario y plenipotenciario de la República de Ruanda ante la Santa Sede. Le doy las gracias por haberme transmitido el saludo de su Excelencia el señor Paul Kagamé, presidente de la República. Le ruego que le transmita mis mejores deseos para su misión y para todo el pueblo ruandés.

Señor embajador, ha destacado usted que su gobierno está dispuesto a desarrollar cada vez más las relaciones entre la República de Ruanda y la Santa Sede, de cuyo establecimiento se conmemoró el cuadragésimo aniversario en el año 2004. Esta colaboración se funda en la voluntad común, dentro del respeto de las prerrogativas de cada uno, de ofrecer a todos los habitantes sin excepción las condiciones de una convivencia que les permita participar cada vez más en el progreso humano y espiritual de su país, marcado por la historia reciente.

En efecto, el año pasado se celebraron las ceremonias de conmemoración del genocidio, recordando a los ruandeses y al mundo entero el terrible drama acaecido en 1994, que ha dejado profundas heridas en el entramado social, económico, cultural y familiar del país. ¡Cómo no sentirse hoy llamados a trabajar sin descanso en favor de la paz y la reconciliación, a fin de preparar un futuro sereno para las generaciones presentes y futuras! Esto supone ante todo interrogarse en conciencia sobre las causas profundas de esa tragedia, para que arraigue en las mentes y en los corazones el

imperioso deber de aprender a vivir como hermanos y rechazar la barbarie en todas sus formas.

Esto requiere también que se garanticen las condiciones de seguridad que permitan un armonioso funcionamiento de las instituciones democráticas. De igual modo, es importante garantizar los derechos fundamentales de todos los ciudadanos, haciendo que accedan a una justicia equitativa, ejercida en plazos convenientes, que sirva a la verdad y evite el miedo, la venganza, la impunidad y las desigualdades. Es de esperar que los esfuerzos actuales para poner en práctica una justicia verdaderamente reconciliadora contribuyan a la consolidación de la unidad nacional y determinen las opciones políticas, económicas y sociales, que favorezcan un desarrollo duradero del país, una dignidad recobrada para todos sus habitantes y una mayor estabilidad en la región de los Grandes Lagos.

He apreciado las palabras con las que su Excelencia puso de relieve el papel positivo que ha desempeñado la Iglesia católica en el proceso de reconstrucción nacional. En efecto, la Iglesia está fuertemente implicada en el camino de reconciliación y perdón, mediante las intervenciones de sus Obispos, con los que me encontré aquí recientemente, mediante sus numerosas instituciones en el campo caritativo, educativo y sanitario, así como mediante una pastoral orientada a sanar los corazones y ayudarles a descubrir la alegría de vivir como hermanos. En este año dedicado a la Eucaristía, los fieles y los pastores están particularmente interesados en celebrar, el domingo, el sacramento de la unidad, en el que encuentran un vigor nuevo para convertirse en artífices de comunión y de esperanza. Como recordé al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, la Iglesia "no pide ningún privilegio para sí, sino únicamente las condiciones legítimas de libertad y de acción para su misión" (*Discurso* del 12 de mayo de 2005). Es de desear que un diálogo continuo con las autoridades de su país contribuya a hacer que se perciba cada vez mejor el deseo de la Iglesia católica de

participar activamente en el desarrollo humano y espiritual de todos los ruandeses. Estos vínculos de colaboración confiada son necesarios para que cumpla cada vez con mayor eficacia su misión y para trabajar en favor de la fraternidad y la paz, respetando las características específicas de las comunidades humanas y religiosas que componen la nación. La actual elaboración de los acuerdos sobre la educación y sobre la sanidad testimonian la voluntad común de trabajar, dentro del respeto de la misión de cada uno, por la construcción de una nación más unida y solidaria.

En el momento en que inicia su misión ante la Santa Sede, le expreso mis mejores deseos para su feliz cumplimiento. Tenga la seguridad de que entre mis colaboradores encontrará siempre la acogida atenta y comprensiva que pueda necesitar.

Sobre su Excelencia, sobre su familia, sobre sus colaboradores, así como sobre todo el pueblo ruandés y sus dirigentes, invoco de todo corazón la abundancia de las bendiciones divinas.

*Benedicto XVI
Discurso al señor Joseph Bonesha,
nuevo Embajador de Ruanda ante la Santa Sede
16 de junio de 2005*

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

FEBRERO

FEBRERO

Para que los bienes de la tierra, dados por Dios a toda la humanidad, sean usados con sabiduría y según los criterios de justicia y solidaridad.

*Señores primeros Ministros;
señor Presidente;
señor Director general;
ilustres señoras y señores:*

Me complace daros una cordial bienvenida a todos vosotros, representantes de los Estados miembros de la FAO, que participáis en la trigésima tercera conferencia de la Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura. Este es nuestro primer encuentro, y me permite conocer de cerca vuestros esfuerzos al servicio de un gran ideal: librar a la humanidad del hambre. Saludo a todos cordialmente y, en particular, al director general, señor Jacques Diouf. Le expreso mis mejores deseos al comienzo de su nuevo mandato.

El encuentro de hoy me brinda la ocasión para expresar mi sincero aprecio por el programa que la FAO, en sus diversas agencias, ha desarrollado desde hace sesenta años, defendiendo con competencia y profesionalidad la *causa del hombre*, comenzando precisamente por el derecho básico de cada persona a estar "libre del hambre".

La humanidad vive actualmente una paradoja preocupante: junto a avances siempre nuevos y positivos en las áreas de la economía, la ciencia y la tecnología, se asiste a un aumento continuo de la pobreza. Estoy seguro de que la experiencia que habéis

acumulado durante estos años puede ayudar a desarrollar un método adecuado para combatir con éxito el hambre y la pobreza, un método modelado por el realismo concreto que ha caracterizado siempre las intervenciones de vuestra benemérita Organización.

En estos años la FAO ha trabajado en favor de una cooperación más amplia y ha visto en el "diálogo entre las culturas" un medio específico para garantizar un mayor desarrollo y un acceso seguro a la alimentación. Hoy, más que nunca, hacen falta instrumentos concretos y eficaces para eliminar las recurrentes tentaciones de conflicto entre diferentes visiones culturales, étnicas y religiosas. Es necesario basar las relaciones internacionales en el respeto a la persona y en los principios fundamentales de coexistencia pacífica, fidelidad a los compromisos asumidos y aceptación mutua por parte de los pueblos que constituyen la familia humana. Además, es preciso reconocer que el progreso técnico, aun siendo necesario, no lo es todo. Sólo es verdadero progreso el que salvaguarda íntegramente la dignidad del ser humano y permite a cada pueblo compartir sus recursos espirituales y materiales en beneficio de todos.

En este contexto, deseo recordar la importancia de ayudar a las comunidades autóctonas, con demasiada frecuencia sometidas a apropiaciones indebidas realizadas con fines de lucro, como vuestra Organización ha subrayado recientemente en sus *Directrices sobre el derecho a la alimentación*.

No se debe olvidar tampoco que, mientras algunas áreas están sujetas a medidas y controles internacionales, millones de personas están condenadas al hambre, incluso a morir de inanición, en zonas donde tienen lugar conflictos violentos, conflictos que la opinión pública tiende a olvidar porque los considera *internos*,

étnicos o tribales. Pero en esos conflictos se han eliminado sistemáticamente vidas humanas, mientras que la población ha sido desarraigada de sus tierras y a veces forzada, para huir de una muerte segura, a abandonar sus alojamientos precarios en los campos de refugiados.

Un signo alentador es la iniciativa de la FAO de convocar a sus Estados miembros para discutir sobre la cuestión de la reforma agraria y el desarrollo rural. No se trata de un área nueva, pero la Iglesia siempre se ha interesado por ella, preocupándose en particular por los pequeños agricultores rurales que representan una parte significativa de la población activa, especialmente en los países en vías de desarrollo. Una línea de acción podría consistir en asegurar que las poblaciones rurales cuenten con los recursos y los medios que necesitan, comenzando por la educación y la formación, así como estructuras organizativas que salvaguarden las pequeñas haciendas familiares y las cooperativas (cf. *Gaudium et spes*, 71).

Dentro de pocos días muchos de los participantes en esta Conferencia se encontrarán en Hong Kong para entablar negociaciones sobre el comercio internacional, particularmente con respecto a los productos agrícolas. La Santa Sede confía en que prevalezca un sentido de responsabilidad y solidaridad con los menos favorecidos, para que se dejen a un lado los intereses locales y la lógica del poder. No se debe olvidar que la vulnerabilidad de las áreas rurales tiene repercusiones significativas en la subsistencia de los pequeños agricultores y sus familias, si se les niega el acceso al mercado. Actuar con coherencia implica, por tanto, reconocer el papel esencial de la familia rural, guardiana de los valores y agente natural de solidaridad en las relaciones entre las generaciones. Por consiguiente, es preciso apoyar también el papel de la mujer rural y asegurar a los niños no sólo la alimentación sino también la educación básica.

Señoras y señores, consciente de la gran complejidad de vuestro trabajo, ofrezco estas reflexiones a vuestra consideración, puesto que estoy convencido de que el corazón de todos debe abrirse cada vez más a todas las personas que en nuestro mundo carecen del pan de cada día. Los trabajos de esta Conferencia mostrarán la fuerza de la creciente convicción de que hace falta una lucha valiente contra el hambre.

Que Dios todopoderoso ilumine vuestras deliberaciones y os conceda la fuerza necesaria para perseverar en vuestros indispensables esfuerzos al servicio del bien común. Renuevo a todos mis mejores deseos de pleno éxito en los trabajos de vuestra Conferencia.

Benedicto XVI

Discurso a los participantes en la XXXIII Conferencia de la FAO

24 de noviembre de 2005

Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa para después de la cosecha (MR, Misas por diversas necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Acuérdate del Señor que te ha dado las riquezas de la tierra: Dt 8,7-18.

Salmo responsorial: Tu nombre es grande, Señor, en toda la tierra: Sal 8.

Segunda Lectura: No podemos llevarnos los bienes de este mundo al más allá: 1Tm 6,6-11.17-19.

Evangelio: Usar sin afán los bienes de la tierra: Lc 12,15-21.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Cómo es que los bienes de la tierra estén tan mal repartidos?
2. ¿Qué se necesita para remediarlo?
3. ¿De qué forma expresa Usted la solidaridad con los más desprovistos?

ORACION - MEDITACION

La creación

Génesis 1,20-31

Dijo Dios: Bullan las aguas de bichos vivientes y revoloteen aves sobre la tierra contra la haz del firmamento celeste. Y así fue. Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todos los seres vivientes que bullen serpeando en las aguas según su especie, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que estaba bien. Los bendijo Dios diciendo: "Sed fecundos y multiplicaos y llenad las aguas de los mares; y multiplíquense las aves en la tierra. Y atardeció y amaneció el día quinto.

Dijo Dios: "Produzca la tierra seres vivientes según su especie: ganados, sierpes y alimañas, según su especie". Y así fue. Hizo, pues, Dios las alimañas según su especie, y los ganados según su especie, y toda sierpe del suelo según se especie. Y vio Dios que estaba bien.

Dijo Dios: "Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza, y dominen en los peces del mar, en las aves del cielo, en los ganados y en todas las alimañas, y en toda sierpe que serpea sobre la tierra.

Y creó Dios el hombre a imagen suya:
a imagen de Dios lo creó:
macho y hembra los creó.

Y los bendijo Dios y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra. Dijo Dios: Mirad que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de toda la tierra y todo árbol que lleva fruto de semilla: eso os servirá de alimento. Y a todo animal terrestre, a toda ave de los cielos y a todo ser animado que se arrastra sobre la tierra, les doy por alimento toda hierba verde: Y así fue. Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien. Y atardeció y amaneció el día sexto.

INTENCION MISIONERA

Para que la lucha contra las enfermedades y las grandes epidemias en el Tercer Mundo encuentre en el espíritu de solidaridad de los gobiernos de todas las Naciones una colaboración siempre más generosa.

Señor Presidente:

Me es muy grato traer a la Organización Mundial de la Salud los cordiales saludos del nuevo Papa, Benedicto XVI. Su Santidad se ha mostrado muy preocupado por los problemas de

salud en el mundo, y ofrece todo su apoyo y ayuda al esfuerzo mundial para lograr la salud para todos, especialmente la salud de los más desprotegidos, privilegiando los temas que ahora nos preocupan, en particular la salud materno infantil.

Por desgracia las enfermedades, en singular las infecciosas, se presentan más virulentas en los países más pobres, que precisamente por su pobreza no tienen recursos para poder obtener las medicinas, que gracias al progreso técnico actual, fácilmente podrían tener algún remedio. De hecho, cada año las enfermedades infecciosas son responsables de la muerte de 17 millones de personas, de las cuales el 90% viven en los países en vías de desarrollo. Por ejemplo, el 95% de enfermos de SIDA no tienen dinero para pagar los antiretrovirales. En la actualidad no se encuentran ni siquiera en el mercado de algunos de estos países las medicinas para curar las llamadas "enfermedades de pobres", como por ejemplo la tuberculosis, el paludismo, la viruela, el dengue hemorrágico, la leishmaniasis, algunas formas de meningitis, la enfermedad del sueño, etc... En el pasado reciente de fines del siglo XX, de 1223 medicinas nuevas introducidas en el mercado entre 1975 y 1997, en 22 años, sólo se introdujeron 13 para el tratamiento de enfermedades infecciosas tropicales. El presupuesto total para medicinas en el mundo se estima entre 50 y 60 billones de dólares (USA) por año, y de este presupuesto sólo el 0.2% se dedica a enfermedades respiratorias, tuberculosis y enfermedades diarreicas: Estas enfermedades se estima que sean las causantes del 18% de muertes en el mundo (cf. "Médecins sans frontière" www.accessmed-msf.org).

Junto con estos problemas de salud, refiriéndonos en especial a la salud materno infantil, es terrible constatar que de 211 millones de nuevos seres humanos que son concebidos, se tienen 46 millones de abortos inducidos, 32 millones entre los que mueren prematuros o mueren al nacer y sólo 133 millones llegan a nacer y vivir (World Health Organization, The World Health Report 2005, *Make every mother and child count*, 48-52).

Sr. Presidente, conscientes en la Santa Sede de estas y similares problemáticas, el Papa Juan Pablo II estableció una Fundación, cuyo nombre es "El Buen Samaritano", para ayudar a los enfermos más necesitados del mundo. El nuevo Papa, Benedicto XVI, con gusto ha ratificado dicha Fundación. El objetivo inicial de esta Fundación lo concretamos en comprar medicinas para los más necesitados, y a la fecha ya hemos podido prestar alguna ayuda a enfermos de 11 países de África, uno de Asia y otro de América Latina. El 26.7% de los Centros de atención a los enfermos de VIH/SIDA en el mundo, son atendidos por la Iglesia Católica.

Queremos así cooperar de alguna manera a la gran labor que desempeña la OMS y sumar nuestros esfuerzos para ayudar en este renglón de la salud especialmente a los más pobres y necesitados.

*Cardenal Javier Lozano Barragán
Intervención en la 58 Asamblea de la
Organización Mundial de la Salud (OMS)
18 de mayo de 2005*

MARZO

MARZO

Para que la Palabra de Dios sea, cada vez más, escuchada, contemplada, amada y vivida.

*Señores Cardenales;
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;
queridos hermanos y hermanas:*

Os dirijo mi más cordial saludo a todos vosotros, que participáis en el congreso sobre "La sagrada Escritura en la vida de la Iglesia", convocado por iniciativa de la Federación bíblica católica y del Consejo Pontificio para la promoción de la Unidad de los Cristianos, con el fin de conmemorar el cuadragésimo aniversario de la promulgación de la constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la divina revelación. Me congratulo por esta iniciativa, que trata sobre uno de los documentos más importantes del Concilio Vaticano II.

Saludo a los señores Cardenales y a los Obispos, que son los principales testigos de la palabra de Dios; a los teólogos, que la investigan, la explican y la traducen al lenguaje de hoy; a los pastores, que buscan en ella las respuestas adecuadas para los problemas de nuestro tiempo. Doy las gracias de corazón a todos los que trabajan al servicio de la traducción y la difusión de la Biblia, proporcionando los medios para explicar, enseñar e interpretar su mensaje. En este sentido, un agradecimiento especial va a la Federación bíblica católica por su actividad, por la pastoral bíblica que promueve, por la adhesión fiel a las indicaciones del Magisterio y por el espíritu abierto a la colaboración ecuménica en el campo bíblico.

Expreso mi profunda alegría por la presencia en el congreso de los "delegados fraternos" de las Iglesias y comunidades eclesiales de Oriente y de Occidente, y saludo con cordial deferencia a quienes han intervenido en representación de las grandes religiones del mundo.

La Constitución dogmática *Dei Verbum*, de cuya elaboración fui testigo, participando personalmente como joven teólogo en los intensos debates que la acompañaron, empieza con una frase de profundo significado: "*Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans, Sacrosancta Synodus...*". Son palabras con las que el Concilio indica un aspecto que distingue a la Iglesia: es una comunidad que escucha y anuncia la palabra de Dios. La Iglesia no vive de sí misma, sino del Evangelio, y en el Evangelio encuentra siempre de nuevo orientación para su camino. Es una consideración que todo cristiano debe hacer y aplicarse a sí mismo: sólo quien se pone primero a la escucha de la Palabra, puede convertirse después en su heraldo. En efecto, el cristiano no debe enseñar su propia sabiduría, sino la sabiduría de Dios, que a menudo se presenta como escándalo a los ojos del mundo (cf. 1Co 1,23).

La Iglesia sabe bien que Cristo vive en las sagradas Escrituras. Precisamente por eso, como subraya la Constitución, ha tributado siempre a las divinas Escrituras una veneración semejante a la que reserva al Cuerpo mismo del Señor (cf. *Dei Verbum*, 21). Por ello, san Jerónimo, citado por el documento conciliar, afirmaba con razón que desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo (cf. *ib.*, 25).

La Iglesia y la palabra de Dios están inseparablemente unidas. La Iglesia vive de la palabra de Dios, y la palabra de Dios resuena en la Iglesia, en su enseñanza y en toda su vida (cf. *ib.*, 8).

Por eso, el apóstol san Pedro nos recuerda que "ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia; porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo han hablado de parte de Dios" (1P 1,20).

Damos gracias a Dios porque en estos últimos tiempos, también por el impulso que dio la Constitución dogmática *Dei Verbum*, se ha vuelto a valorar más profundamente la importancia fundamental de la palabra de Dios. De esto ha derivado una renovación en la vida de la Iglesia, sobre todo en la predicación, en la catequesis, en la teología, en la espiritualidad e incluso en el camino ecuménico.

La Iglesia siempre debe renovarse y rejuvenecerse, y la palabra de Dios, que no envejece ni se agota jamás, es el medio privilegiado para este fin. En efecto, es la palabra de Dios la que, por la acción del Espíritu Santo, nos guía siempre de nuevo a la verdad completa (cf. Jn 16,13).

En este marco, quisiera recordar y recomendar sobre todo la antigua tradición de la *Lectio divina*: la lectura asidua de la sagrada Escritura acompañada por la oración realiza el coloquio íntimo en el que, leyendo, se escucha a Dios que habla y, orando, se le responde con confiada apertura del corazón (cf. *Dei Verbum*, 25). Estoy convencido de que, si esta práctica se promueve eficazmente, producirá en la Iglesia una nueva primavera espiritual. Por eso, es preciso impulsar ulteriormente, como elemento fundamental de la pastoral bíblica, la *Lectio divina*, también mediante la utilización de métodos nuevos, adecuados a nuestro tiempo y ponderados atentamente. Jamás se debe olvidar que la palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero (cf. Sal 119,105).

A la vez que invoco la bendición de Dios sobre vuestro trabajo, sobre vuestras iniciativas y sobre el congreso en el que participáis, me uno en el deseo que os anima: *Que la palabra del Señor siga propagándose* (cf. 2Ts 3,1) hasta los confines de la tierra, para que, mediante el anuncio de la salvación, el mundo entero escuchando crea, creyendo espere, y esperando ame (cf. *Dei Verbum*, 1).

¡Gracias de todo corazón!

Benedicto XVI
Discurso al Congreso Internacional en el XL Aniversario de
la Constitución Conciliar "Dei Verbum"
16 de septiembre de 2005
© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa de la Santísima Virgen María, en tiempo de Navidad (MR).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El Pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz: Is 9,1-7.

Salmo responsorial: Tu palabra, Señor, es luz para mi sendero: Sal 119,105.

Segunda Lectura: La nueva Jerusalén: Ap 21,1-5.

Evangelio: Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen: Lc 11,27-28.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Qué papel desempeña la Palabra de Dios en la vida diaria de los cristianos?
2. En particular ¿qué Palabra de Dios le es más querida?
3. ¿Puede Usted dar ejemplos de una Palabra de Dios vivida?

ORACION - MEDITACION

Llamada de Dios a Samuel

Libro primero de Samuel 3,1-21

Servia el niño Samuel a Yahvéh a las órdenes de Elí; en aquel tiempo era rara la palabra de Yahvéh, y no eran corrientes las visiones. Cierta día, estaba Elí acostado en su habitación - sus ojos iban debilitándose y ya no podía ver - no estaba aún apagada la lámpara de Dios, y Samuel estaba acostado en el santuario de Yahvéh, donde se encontraba el arca de Dios.

Llamó Yahvéh: "¡Samuel, Samuel!" El respondió: "¡Aquí estoy!" y corrió donde Elí diciendo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Pero Elí le contestó: "Yo no te he llamado; vuélvete a acostar". El se fue y se acostó. Volvió a llamar Yahvéh: "¡Samuel!" Se levantó Samuel y se fue donde Elí diciendo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Elí le respondió: "Yo no te he llamado, hijo mío, vuélvete a acostar". Aún no conocía Samuel a Yahvéh, pues no le había sido revelada la palabra de Yahvéh. Tercera vez llamó Yahvéh a Samuel y él se levantó y se fue donde Elí diciendo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Comprendió entonces Elí que era Yahvéh quien llamaba al niño, y dijo a Samuel: "Vete y acuéstate, y si te llaman, dirás: Habla, Yahvéh, que tu siervo escucha". Samuel se fue y se acostó en su sitio.

Vino Yahvéh, se paró y llamó como las veces anteriores. "¡Samuel, Samuel!" Respondió Samuel. "Habla, que tu siervo escucha". Dijo Yahvéh a Samuel: "Voy a ejecutar una cosa tal en Israel que a todo el que la oiga le zumbarán los oídos. Ese día cumpliré contra Elí todo cuanto he dicho contra su casa, desde el principio hasta el fin. Tú le anunciarás que yo condeno su casa para siempre, porque sabía que sus hijos vilipendiaban a Dios y no los ha corregido. Por esto juro a la casa de Elí que ni sacrificio ni oblación expiarán jamás la iniquidad de la casa de Elí.

Samuel siguió acostado hasta la mañana y después abrió las puertas de la Casa de Yahvéh. Samuel temía contar la visión a Elí, pero Elí le llamó y le dijo: "Samuel, hijo mío"; él respondió: "Aquí estoy". El preguntó. "¿Qué es lo que te ha dicho? ¡No me ocultes nada! Que Dios te haga esto y añada esto otro si me ocultas una palabra de lo que te ha dicho. Entonces Samuel se lo manifestó todo, sin ocultarle nada; Elí le dijo: "El es Yahvéh. Que haga lo que bien le parezca".

Samuel crecía, Yahvéh estaba con él y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras. Todo Israel, desde Dan hasta Beršeba, supo que Samuel estaba acreditado como profeta de Yahvéh. Yahvéh continuó manifestándose en Silo, porque se revelaba a Samuel, y la palabra de Samuel llegaba a todo Israel.

INTENCION MISIONERA

Para que los responsables de las Iglesias Jóvenes se preocupen de la formación de los catequistas, los animadores y los laicos entregados al servicio del Evangelio.

En medio de las dificultades del momento presente, la Iglesia en Zimbabue puede alegrarse nuevamente de la presencia de tantas comunidades fervientes en la fe, de un notable número de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, y de la presencia de un laicado comprometido, que se dedica a diversas obras de apostolado. Estos dones de la gracia de Dios son un consuelo y a la vez un desafío con vistas a *una catequesis cada vez más profunda e integrada*, orientada a formar a los fieles para que vivan plenamente su vocación cristiana. "En todos los sectores de la vida eclesial la formación es de capital importancia" para el futuro de la Iglesia en Africa (*Ecclesia in Africa*, 75). Por esta razón, os aliento a trabajar juntos para garantizar *una preparación catequística adecuada y completa a todos los fieles*, y a dar los pasos necesarios para impartir una educación más sistemática a los catequistas.

Asimismo, es preciso ayudar a los *futuros sacerdotes* a presentar la plenitud de la fe católica de un modo que afronte y responda verdaderamente a las dificultades, a los interrogantes y a los problemas de la gente. Los seminarios nacionales necesitan un

apoyo concreto en su ardua tarea de proporcionar a los seminaristas una adecuada formación humana, espiritual, doctrinal y pastoral; y al clero más joven, en los primeros años de su ministerio sacerdotal, le ayudaría mucho un programa de acompañamiento espiritual, pastoral y humano, bajo la dirección de sacerdotes expertos y ejemplares.

Vuestra solicitud por una correcta catequesis y una educación religiosa integral debe extenderse también al sistema de las *escuelas católicas*, cuya identidad religiosa debe fortalecerse, no sólo por el bien de sus alumnos, sino también de toda la comunidad católica en vuestro país.

Queridos hermanos en el episcopado, en unión con el Sucesor de Pedro y el Colegio de los Obispos, habéis sido enviados como testigos de la esperanza que nos ofrece el Evangelio de Jesucristo (cf. *Pastores gregis*, 5). Al volver a vuestra patria fortalecidos en la fe y en el vínculo de la comunión eclesial, os pido que cooperéis generosamente al servicio del Evangelio, para que la luz de la palabra de Dios resplandezca cada vez más en la mente y en el corazón de los católicos de Zimbabue, infundiéndoles un amor más profundo a Cristo y un compromiso más firme en favor de la extensión de su reino de santidad, justicia y verdad.

Con gran afecto os encomiendo a vosotros, a los sacerdotes, a los religiosos y a los laicos de vuestras diócesis a la intercesión amorosa de María, Madre de la Iglesia, y de corazón os imparto mi bendición apostólica como prenda de alegría y paz en el Señor.

Benedicto XVI
Discurso a la conferencia Episcopal de Zimbabue
en visita "Ad Limina"
2 de julio de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

ABRIL

ABRIL

Para que, dejándose iluminar y guiar por el Espíritu Santo, todos los cristianos respondan con entusiasmo y fidelidad a la llamada universal a la santidad.

Queridos jóvenes:

En nuestra peregrinación con los misteriosos Magos de Oriente hemos llegado al momento que san Mateo describe así en su evangelio: "Entraron en la casa (sobre la que se había detenido la estrella), vieron al niño con María, y cayendo de rodillas lo adoraron" (Mt 2,11). El camino exterior de aquellos hombres terminó. Llegaron a la meta. Pero en este punto comienza un nuevo camino para ellos, una peregrinación interior que cambia toda su vida. Porque seguramente se habían imaginado de modo diferente a este Rey recién nacido. Se habían detenido precisamente en Jerusalén para obtener del rey local información sobre el Rey prometido que había nacido. Sabían que el mundo estaba desordenado y por eso estaban inquietos.

(...)

Queridos amigos, podemos preguntarnos lo que todo esto significa para nosotros. Pues lo que acabamos de decir sobre la naturaleza diversa de Dios, que ha de orientar nuestra vida, suena bien, pero queda algo vago y difuminado. Por eso Dios nos ha dado ejemplos. Los Magos que vienen de Oriente son sólo los primeros de una larga lista de hombres y mujeres que en su vida han buscado constantemente con los ojos la estrella de Dios, que han buscado al Dios que está cerca de nosotros, seres humanos, y que nos indica el camino. Es la muchedumbre de los santos - conocidos o desconocidos - mediante los cuales el Señor nos ha abierto a lo largo de la historia el Evangelio, hojeando sus páginas; y lo está haciendo todavía. En sus vidas se revela la riqueza del Evangelio como en un gran libro ilustrado. Son la estela luminosa que Dios ha dejado en el

transcurso de la historia, y sigue dejando aún. Mi venerado predecesor, el Papa Juan Pablo II, que está aquí con nosotros en este momento, beatificó y canonizó a un gran número de personas, tanto de tiempos recientes como lejanos. Con estos ejemplos quiso demostrarnos cómo se consigue ser cristianos; cómo se logra llevar una vida del modo justo, cómo se vive a la manera de Dios. Los beatos y los santos han sido personas que no han buscado obstinadamente su propia felicidad, sino que han querido simplemente entregarse, porque han sido alcanzados por la luz de Cristo.

De este modo, nos indican la vía para ser felices y nos muestran cómo se consigue ser personas verdaderamente humanas. En las vicisitudes de la historia, han sido los verdaderos reformadores que tantas veces han elevado a la humanidad de los valles oscuros en los cuales está siempre en peligro de precipitar; la han iluminado siempre de nuevo lo suficiente para dar la posibilidad de aceptar -tal vez en el dolor - la palabra de Dios al terminar la obra de la creación: "Y era muy bueno". Basta pensar en figuras como san Benito, san Francisco de Asís, santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Carlos Borromeo; en los fundadores de las órdenes religiosas del siglo XIX, que animaron y orientaron el movimiento social; o en los santos de nuestro tiempo: Maximiliano Kolbe, Edith Stein, la madre Teresa, el padre Pío. Contemplando estas figuras comprendemos lo que significa "adorar" y lo que quiere decir vivir a medida del Niño de Belén, a medida de Jesucristo y de Dios mismo.

Los santos, como hemos dicho, son los verdaderos reformadores. Ahora quisiera expresarlo de manera más radical aún: sólo de los santos, sólo de Dios proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo. En el siglo pasado vivimos revoluciones cuyo programa común fue no esperar nada de Dios, sino tomar totalmente en las propias manos la causa del mundo para transformar sus condiciones. Y hemos visto que, de este modo, siempre se tomó un punto de vista humano y parcial como criterio

absoluto de orientación. La absolutización de lo que no es absoluto, sino relativo, se llama totalitarismo. No libera al hombre, sino que lo priva de su dignidad y lo esclaviza. No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico. La revolución verdadera consiste únicamente en mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y ¿qué puede salvarnos sino el amor?

Queridos amigos, permitidme que añada sólo dos breves ideas. Muchos hablan de Dios; en el nombre de Dios se predica también el odio y se practica la violencia. Por tanto, es importante descubrir el verdadero rostro de Dios. Los Magos de Oriente lo encontraron cuando se postraron ante el niño de Belén. "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre", dijo Jesús a Felipe (Jn 14,9). En Jesucristo, que por nosotros permitió que su corazón fuera traspasado, se ha manifestado el verdadero rostro de Dios. Lo seguiremos junto con la muchedumbre de los que nos han precedido. Entonces iremos por el camino justo.

Esto significa que no nos construimos un Dios privado, un Jesús privado, sino que creemos y nos postramos ante el Jesús que nos muestran las sagradas Escrituras, y que en la gran comunidad de fieles llamada Iglesia se manifiesta viviente, siempre con nosotros y al mismo tiempo siempre ante nosotros. Se puede criticar mucho a la Iglesia. Lo sabemos, y el Señor mismo nos lo dijo: es una red con peces buenos y malos, un campo con trigo y cizaña. El Papa Juan Pablo II, que nos mostró el verdadero rostro de la Iglesia en los numerosos beatos y santos que proclamó, también pidió perdón por el mal causado en el transcurso de la historia por las palabras o los actos de hombres de la Iglesia. De este modo, también a nosotros nos ha hecho ver nuestra verdadera imagen, y nos ha exhortado a entrar, con todos nuestros defectos y debilidades, en la muchedumbre de los santos que comenzó a formarse con los Magos

de Oriente. En el fondo, consuela que exista la cizaña en la Iglesia. Así, no obstante todos nuestros defectos, podemos esperar estar aún entre los que siguen a Jesús, que ha llamado precisamente a los pecadores. La Iglesia es como una familia humana, pero es también al mismo tiempo la gran familia de Dios, mediante la cual él establece un espacio de comunión y unidad en todos los continentes, culturas y naciones. Por eso nos alegramos de pertenecer a esta gran familia que vemos aquí; de tener hermanos y amigos en todo el mundo. Justo aquí, en Colonia, experimentamos lo hermoso que es pertenecer a una familia tan grande como el mundo, que comprende el cielo y la tierra, el pasado, el presente y el futuro de todas las partes de la tierra. En esta gran comitiva de peregrinos, caminamos junto con Cristo, caminamos con la estrella que ilumina la historia.

"Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron" (Mt 2,11). Queridos amigos, esta no es una historia lejana, de hace mucho tiempo. Es una presencia. Aquí, en la Hostia consagrada, él está ante nosotros y entre nosotros. Como entonces, se oculta misteriosamente en un santo silencio y, como entonces, desvela precisamente así el verdadero rostro de Dios. Por nosotros se ha hecho grano de trigo que cae en tierra y muere y da fruto hasta el fin del mundo (cf. Jn 12,24). Está presente, como entonces en Belén. Y nos invita a la peregrinación interior que se llama adoración. Pongámonos ahora en camino para esta peregrinación, y pidámosle a él que nos guíe.

*Benedicto XVI
Discurso a la XX Jornada Mundial de la Juventud
Vigilia con los Jóvenes
20 de agosto de 2005*

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa de la Solemnidad de todos los Santos (MR, Misa del 1º de noviembre).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Vi una multitud inmensa, que no se podía contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas: Ap 7,2-4.9-14.

Salmo responsorial: Esta es la generación que busca al Señor: Salmo 23 (24).

Segunda Lectura: Veremos a Dios tal como es: 1Jn 3,1-3.

Evangelio: Alegraos y exultad porque es grande vuestra recompensa en el cielo: Mt 5,1-12.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. El llamamiento universal a la santidad forma parte de nuestra vida de cada día?
2. ¿Qué es lo más importante para responder a esta llamada?
3. ¿Cómo ayudarnos los unos a los otros para esta respuesta?

ORACION - MEDITACION

La elección y el favor divino

Deuteronomio 7,6-16

Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahvéh tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra.

No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha ligado Yahvéh a vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres, por eso os ha sacado Yahvéh con mano fuerte y os ha librado de la casa de la servidumbre, del poder de Faraón, rey de Egipto. Has de saber, pues, que Yahvéh tu Dios es el Dios verdadero, el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones a los que le aman y guardan sus mandamientos, pero que da su merecido en su propia persona a quien le odia, destruyéndole. No es remiso con quien le odia: en su propia persona le da su merecido. Guarda, pues, los mandamientos, preceptos y normas que yo te mando hoy poner en práctica.

Y por haber escuchado estas normas, por haberlas guardado y practicado, Yahvéh tu Dios te mantendrá la alianza y el amor que bajo juramento prometió a tus padres. Te amará, te bendecirá, te multiplicará, bendecirá el fruto de tu seno y el fruto de tu suelo, tu trigo, tu mosto, tu aceite, las crías de tus vacas y las camadas de tus rebaños, en el suelo que a tus padres juró que te daría. Serás bendito más que todos los pueblos. No habrá macho estéril ni hembra estéril en ti ni en tus rebaños. Yahvéh alejará de ti toda enfermedad; no dejará caer sobre ti ninguna de esas malignas plagas de Egipto que tú conoces, sino que se las mandará a todos los que te odian.

INTENCION MISIONERA

Para que crezca el número de las vocaciones sacerdotales y religiosas en Norteamérica y en los Países del Océano Pacífico, para responder adecuadamente a las exigencias pastorales y misioneras de esos pueblos.

2. Jesucristo sigue atrayendo a los pueblos de vuestras dos naciones isleñas a una fe y a una vida aún más profundas en él. Como Obispos, respondéis a su voz preguntándoos cómo puede la Iglesia hacerse instrumento cada vez más eficaz de Cristo (cf. *Ecclesia in Oceania*, 4). La reciente "asamblea general" nacional en Papúa Nueva Guinea y el "seminario" en las islas Salomón han afrontado esta tarea. Estos dos acontecimientos han ofrecido claros signos de esperanza que incluyen la participación entusiasta de los jóvenes en la misión de la Iglesia, la generosidad excepcional de los misioneros y el florecimiento de vocaciones locales. Al mismo tiempo, no habéis dudado en reconocer las dificultades que siguen afligiendo a vuestras diócesis. Frente a ellas, los fieles esperan que seáis testigos valientes de Cristo, promoviendo la búsqueda de nuevos modos de transmitir la fe, para que la fuerza del Evangelio pueda impregnar los modos de pensar, los criterios de juicio y las normas de actuación (cf. *Sapientia christiana*, Proemio).

3. Como sabéis, los sacerdotes son y deben ser los colaboradores más íntimos del Obispo (cf. *Pastores gregis*, 47). El significado particular de la comunión entre un Obispo y sus presbíteros exige que os intereséis sinceramente por ellos. Esta relación especial se expresa de un modo más eficaz mediante vuestro esfuerzo continuo por sostener la identidad única de vuestros sacerdotes, impulsar su santificación personal en el ministerio y fomentar una profundización de su compromiso pastoral. La identidad sacerdotal no debe compararse jamás con un título secular o confundirse con un cargo civil o político. Antes bien, configurado a Cristo, que se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo

(cf. Flp 2,7-8), el sacerdote vive una vida de sencillez, castidad y servicio humilde, que estimula a los demás con el ejemplo. En el centro del sacerdocio está la celebración diaria y fervorosa de la santa misa. En este Año de la Eucaristía, exhorto a vuestros sacerdotes: sed fieles a este compromiso, que es el centro y la misión de la vida de cada uno de vosotros (cf. Mensaje en la *Misa pro Ecclesia*, 20 de abril de 2005, n. 4).

La formación adecuada de los sacerdotes y los religiosos es de importancia fundamental para el futuro de la evangelización (cf. *Pastores dabo vobis*, 2). Sé que desde hace bastante tiempo estáis afrontando este asunto con la debida atención. Vuestro interés por el desarrollo humano, espiritual, intelectual y pastoral de vuestros seminaristas, así como de los religiosos y religiosas en formación, dará mucho fruto en vuestras diócesis. Por eso, os aliento a asegurar una esmerada selección de los candidatos, a supervisar personalmente vuestros seminarios y a trazar programas regulares de formación permanente, tan necesaria para profundizar la identidad sacerdotal y religiosa y para enriquecer el gozoso compromiso del celibato. Por último, a este respecto, ofrezco mis oraciones de profunda gratitud por los que trabajan en los seminarios y en las casas de formación. Decidles que el Santo Padre les agradece su generosidad.

(...)

Invocando sobre vosotros la intercesión del beato Pedro To Rot, os imparto cordialmente mi bendición apostólica a vosotros, a los sacerdotes, a los religiosos y a los fieles laicos de vuestras diócesis.

Benedicto XVI
Discurso a los Obispos de Papúa Nueva Guinea e Islas Salomón
en visita "Ad Limina"
25 de junio de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

MAYO

MAYO

Para que, a ejemplo de la Virgen María, todos los cristianos, siempre atentos a los signos del Señor en la propia vida, se dejen guiar por la Palabra de Dios.

41. Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. El *Evangelio de Lucas* la muestra atareada en un servicio de caridad a su prima Isabel, con la cual permaneció "unos tres meses" (1,56) para atenderla durante el embarazo. "*Magnificat anima mea Dominum*", dice con ocasión de esta visita - "proclama mi alma la grandeza del Señor" - (Lc 1,46), y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1,38.48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. Es una mujer de fe: "¡Dichosa tú, que has creído!", le dice Isabel (Lc 1,45).

El *Magnificat* - un retrato de su alma, por decirlo así - está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un

querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada.

María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos de la infancia. Lo vemos en la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace presente a Jesús. Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cf. Jn 2,4; 13,1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. Jn 19,25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14).

42. La vida de los Santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María. La palabra del Crucificado al discípulo - a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: "Ahí tienes a tu madre" (Jn 19,27) - se hace de nuevo verdadera en cada generación.

María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y

contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien.

La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de El, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial "del que manarán torrentes de agua viva" (Jn 7,38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor:

Santa María, Madre de Dios, tú has dado al mundo la verdadera luz, Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios. Te has entregado por completo a la llamada de Dios y te has convertido así en fuente de la bondad que mana de El. Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia El. Enséñanos a conocerlo y amarlo, para que también nosotros podamos llegar a ser capaces de un verdadero amor y ser fuentes de agua viva en medio de un mundo sediento.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa de la Fiesta de la Visitación de Santa María Virgen (MR, Misa del 31 de mayo).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El Señor tu Dios es un Salvador poderoso: So 3,14-18.

Salmo responsorial: El canto del "Magnificat": Lc 1,46-56.

Segunda Lectura: La vida en el Espíritu: Rm 12,9-16.

Evangelio: Feliz tu porque has creído en el cumplimiento de las palabras del Señor: Lc 1,39-56.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Con qué signos se manifestaba Jesús?
2. ¿Cuándo decís que habéis recibido un signo del Señor?
3. ¿De qué manera podemos ser nosotros un signo los unos para los otros?

ORACION - MEDITACION

Visión de la Mujer y de la Serpiente

Apocalipsis 12,1-17

Un gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Apareció otra señal en el cielo: una gran Serpiente roja, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastra la tercera parte de *las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra*. La Serpiente se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto le diera a luz. La Mujer *dio a luz un Hijo varón*, el que ha de *regir a todas las naciones con cetro de hierro*; y su Hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. La Mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser allí alimentada mil doscientos sesenta días.

Entonces se entabló una batalla en el cielo: *Miguel* y sus Angeles combatieron con la Serpiente. También la Serpiente y sus Angeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. Fue arrojada la gran Serpiente, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojada a la tierra y sus Angeles fueron arrojados con ella. Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios. Ellos le vencieron gracias a la sangre del Cordero y a la palabra del testimonio que dieron, porque no amaron su vida ante la muerte. Por eso, regocijaos, cielos y los que en ellos habitáis. ¡Ay de la tierra y del mar! porque el Diablo ha bajado donde vosotros con gran furor, sabiendo que le queda poco tiempo.

Cuando la Serpiente vio que había sido arrojada a la tierra, persiguió a la Mujer que había dado a la luz al Hijo varón. Pero se le dieron a la Mujer las dos alas del águila grande para volar al desierto, a su lugar, lejos de la Serpiente, donde tiene que ser alimentada *un tiempo y tiempos y medio tiempo*. Entonces la Serpiente vomitó de su boca detrás de la Mujer como un río de agua, para arrastrarla con su corriente. Pero la tierra vino en auxilio de la Mujer: abrió la tierra su boca y tragó el río vomitado de la boca de la Serpiente. Entonces despechada la Serpiente contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús.

INTENCION MISIONERA

Para que en los Territorios de Misión no falten los buenos y sabios formadores para los Seminarios mayores y los Institutos de vida consagrada.

Queridos hermanos en el episcopado:

En el momento en que realizáis vuestra peregrinación a la tumba de los apóstoles san Pedro y san Pablo, me alegra acogeros a vosotros, a quienes el Señor ha encomendado la tarea de guiar a su Iglesia en Ruanda. Agradezco a monseñor Alexis Habiyaambere, Obispo de Nyundo y presidente de vuestra Conferencia episcopal, sus palabras fraternas. A través de vosotros, dirijo un saludo afectuoso a vuestras comunidades, exhortando a los sacerdotes y a los fieles, duramente probados por el genocidio de 1994 y por sus consecuencias, a permanecer firmes en la fe y a perseverar en la esperanza que da Cristo resucitado, superando toda tentación de desaliento. Que el Espíritu de Pentecostés, derramado en todo el universo, fecunde los esfuerzos de los que se dedican a edificar la

fraternidad entre todos los ruandeses, con espíritu de verdad y de justicia.

Vuestras relaciones quinquenales se hacen eco de la obra del Espíritu, que construye la Iglesia en Ruanda en medio de las vicisitudes de su historia. Para trabajar activamente en favor de la paz y de la reconciliación, privilegiáis sobre todo una pastoral de cercanía, fundada en el compromiso de pequeñas comunidades de laicos en la pastoral misionera de la Iglesia, en armonía con los pastores.

Os animo a sostener a estas comunidades, para que los fieles acojan las verdades de fe y sus exigencias, desarrollando así una vida eclesial y espiritual más fuerte, sin dejarse desviar del Evangelio de Cristo, especialmente por las numerosas sectas presentes en el país. Trabajad sin descanso para que el Evangelio penetre cada vez más a fondo en el corazón y en la existencia de los creyentes, invitando a los fieles a asumir cada vez más su responsabilidad en la sociedad, especialmente en los campos de la economía y de la política, con un sentido moral alimentado por el Evangelio y por la doctrina social de la Iglesia.

Saludo a los sacerdotes de vuestras diócesis, y a los jóvenes que, con generosidad, se preparan para serlo. Su número es un verdadero signo de esperanza para el futuro. Mientras el clero llega a ser autóctono, quisiera congratularme por el trabajo paciente realizado por los misioneros para anunciar a Cristo y su Evangelio, y para dar vida a las comunidades cristianas que vosotros apacentáis hoy. Os invito a estar cerca de vuestros sacerdotes, a cuidar de su formación permanente a nivel teológico y espiritual, y a estar atentos a sus condiciones de vida y de ejercicio de su misión, para que sean testigos verdaderos de la Palabra que anuncian y de los sacramentos que administran. Ojalá que en su entrega a Cristo y al pueblo del que son pastores permanezcan fieles a las exigencias de su estado y vivan su sacerdocio como un verdadero camino de santidad.

Al concluir nuestro encuentro, queridos hermanos en el episcopado, quisiera unirme al pueblo que se os ha encomendado, exhortando a los fieles y a los pastores a formar comunidades animadas por un sincero amor mutuo e impulsadas por el deseo imperioso de trabajar en favor de una auténtica reconciliación. Que en todas las colinas resuene el canto de los mensajeros de la buena nueva de Cristo, vencedor de la muerte (cf. Is 52,7). Confiando las esperanzas y los sufrimientos del pueblo ruandés a la intercesión de la Reina de los Apóstoles, os imparto una afectuosa bendición apostólica, que extendiendo de buen grado a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas, a los catequistas y a todos los fieles de vuestras diócesis.

Benedicto XVI
Discurso a los Obispos de Ruanda en visita "Ad Limina"
21 de mayo de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

JUNIO

- 211 -

JUNIO

Para que el Señor proteja a los marineros y a todos los empeñados en las actividades marítimas.

Documento final del XXI Congreso Mundial del Apostolado del Mar

1. Preámbulo

Durante este Congreso hemos escuchado el grito de quienes son víctimas del impacto negativo de la globalización. El Evangelio y la Iglesia nos enseñan que el valor esencial debe ser, ante todo, la dignidad del hombre, y que la economía es para el hombre, y no el hombre para la economía. La pobreza que deriva de una globalización salvaje es, en efecto, una de las peores violaciones de la dignidad humana.

Las Iglesias y las comunidades eclesiales asumen, por eso, un deber particular de testimoniar conjuntamente, en el ámbito ecuménico, su diaconía al servicio del hombre, con vistas a controlar los excesos de la globalización. Deberán, igualmente, abrirse a la colaboración, en bien de la humanidad, con todas las personas de buena voluntad.

Consciente de que las reglas de esta economía global del mercado atemorizan a muchos, aun cuando se trata de normas establecidas sólo parcialmente y sujetas a intenso debate, el Apostolado del Mar está llamado a dotar de un rostro humano a la globalización en el mundo marítimo y a contribuir a la formulación de las normas de un nuevo orden mundial, basado en principios éticos, sobre la solidaridad y sobre la inviolabilidad de la dignidad humana. (...)

3. Objetivos

a) En relación con las familias de la gente de mar

Deben ser estimuladas y promovidas en todas partes las Asociaciones de Familias o de Esposas de los marineros. Las esposas, los hijos y las familias, en efecto, están llamadas a participar de forma más plena en el "ministerio marítimo". Se les anima, además, a tomar iniciativas para reunir la comunidad portuaria, en el seno de las capellanías locales del Apostolado del Mar, para sostenerla y procurarle un liderato espiritual y práctico.

b) En relación con la marina mercante internacional

El A.M. muestra su satisfacción por los esfuerzos ya realizados por el Grupo de Trabajo del IMO/OIT a favor de los marineros abandonados en los puertos y sobre las responsabilidades de los armadores, por lo que se refiere a los accidentes y fallecimiento de los marineros, y expresa su confianza en que las directivas existentes se transformen en Convenciones Internacionales. El A.M. apoya, asimismo, cualquier iniciativa tendiente a dotar a la O.I.T. de la competencia para la actuación de las Convenciones marítimas.

Después del 11 de septiembre resulta comprensible que los Países establezcan medidas de seguridad más eficaces. Ahora bien, nos sentimos preocupados por la salud física, psicológica y espiritual de los equipajes, desde el momento en que las disposiciones demasiado restrictivas les niegan el permiso de desembarcar.

Expresamos nuestro agradecimiento al Seafarers' Trust de la I.T.F. por su papel activo en asegurar el apoyo financiero necesario a las actividades a favor del bienestar de los trabajadores marítimos.

Deseamos dar a conocer a todos los trabajadores marítimos la existencia de un nuevo instrumento a su disposición para peticiones de ayuda. Se trata de la Red Internacional de Asistencia a los Marineros (I.S.A.N.), que en cualquier parte del mundo ofrece un número de teléfono gratuito y disponible las 24 horas (00 800 SEAFARERS).

c) En relación con la pesca artesanal o industrial

Unos 500 millones de personas en todo el mundo dependen de la pesca para su subsistencia. La pesca, sin embargo, incluida la industrial, adolece de problemas. Constatamos, incluso, que la dignidad de los pescadores es, a menudo, objeto de desprecio.

El Congreso reconoce la profesionalidad y la contribución de los pescadores al bien común, incluidos los dedicados a la pesca artesanal y tradicional, y quiere apoyarles a fin de que puedan ocuparse de sus problemas profesionales, de sus infraestructuras y de su economía. Se recomienda que, gracias a los instrumentos internacionales, los pescadores puedan gozar de las ayudas y de la protección social equivalentes a aquellas que pueden tener, por ejemplo, los marinos de la marina mercante.

El A.M. valora y apoya la aplicación completa y rápida del Código de Conducta por una Pesca Responsable.

Se recomienda, por último, la constitución de un "Comité de Pesca" del A.M., que esté integrado por miembros que trabajan pastoralmente con los pescadores y que están en relación con sus respectivas organizaciones en el ámbito local, nacional e internacional.

Conclusiones

Durante el Congreso se ha evidenciado la coincidencia en el convencimiento sobre tres puntos básicos:

- Es necesario globalizar la solidaridad;
- Es fundamental dar un rostro humano a la globalización;
- El Apostolado del Mar cuenta con un papel específico que se debe desarrollar en la perspectiva de un nuevo orden mundial globalizado: que éste tenga en cuenta los valores del Evangelio y de la doctrina social de la Iglesia.

De este modo, abriendo nuestros corazones al amor de Dios y al de nuestros hermanos y hermanas, estaremos en situación de configurar la historia según los designios de Dios. El Señor nos ha asegurado: "No tengáis miedo. Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo" (Mt 28,20).

*Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes
XXI Congreso Mundial del Apostolado del Mar
Río de Janeiro, 5 de octubre de 2002*

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa para la santificación del trabajo (MR, Misas por diversas necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Yo mando mi ángel para que te custodie en tu camino: Ex 23,20-23.

Salmo responsorial: Señor, haz brillar tu rostro sobre nosotros y seremos salvos: Sal 79 (80).

Segunda Lectura: Doy gracias continuamente a Dios por vosotros: 1Co 1,3-9.

Evangelio: ¿Quién es este al que obedecen el viento y el mar? Mc 4,35-41.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Qué es lo más duro para un marino, para su mujer, para sus hijos?
2. ¿Cómo habéis reaccionado ante el desastre reciente que ha arrebatado la vida a miles de personas vinculadas con el mar?
3. ¿Por qué es símbolo de la Iglesia una barca en la tempestad?

ORACION - MEDITACION

Rafael

Tobías 12,11-19

"Os voy a decir toda la verdad, sin ocultaros nada. Ya os he manifestado que es bueno mantener oculto el secreto del rey y que también es bueno publicar las obras gloriosas de Dios. Cuando tú y Sarra hacíais oración, era yo el que presentaba y leía ante la Gloria del Señor el memorial de vuestras peticiones. Y lo mismo hacía cuando enterrabas a los muertos. Cuando te levantabas de la mesa sin tardanza, dejando la comida, para esconder un cadáver, era yo enviado para someterte a prueba. También ahora me ha enviado Dios para curarte a ti y a tu nuera Sarra. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada a la Gloria del Señor".

Se turbaron ambos y cayeron sobre sus rostros, llenos de temor. El les dijo: "No temáis. La paz sea con vosotros. Bendecid a Dios por siempre. Si he estado con vosotros no ha sido por pura benevolencia mía hacia vosotros, sino por voluntad de Dios. A él debéis bendecir todos los días, a él debéis cantar".

INTENCION MISIONERA

Para que la Iglesia, mediante su presencia y su amor, testimonie en el Africa del Norte el amor de Dios hacia todas las personas y todos los pueblos.

Señor Embajador:

Es un placer para mí dar la bienvenida a Su Excelencia con ocasión de la presentación de las Cartas que lo acreditan como Embajador extraordinario y plenipotenciario de la República democrática y popular de Argelia ante la Santa Sede.

Le agradezco vivamente, Señor Embajador, los saludos cordiales que acaba de dirigirme en su nombre y en el del Presidente de la República, así como del gobierno y del pueblo de Argelia. Me han impresionado mucho las muestras de simpatía llegadas de Argelia con ocasión del fallecimiento del Papa Juan Pablo II, en especial en la celebración de los funerales, en presencia de Su Excelencia Don Abdelaziz Bouteflika. Le agradecería le transmitiese los votos que formulo para su persona, sobre todo para su salud, y para el desempeño de su alta misión al servicio de sus conciudadanos. Ruego al Altísimo que bendiga los esfuerzos del pueblo de Argelia en la obra de edificación de una nación cada vez más fraterna y solidaria.

Ha evocado V., Señor Embajador, las graves violencias que su país ha debido afrontar estos últimos años. Sólo una reconciliación auténtica puede consentir a los hombres vivir en armonía y paz entre sí. La renuncia a la venganza y el compromiso decidido por el camino del perdón son los medios dignos del hombre para reforzar los vínculos de fraternidad y solidaridad. Como afirmaba mi venerado predecesor el Papa Juan Pablo II, "la capacidad de perdonar está en la misma base de todo proyecto de sociedad futura más justa y solidaria" (*Mensaje para el Día Mundial*

de la paz 2002, n.9). El perdón lleva a la persona a una humanidad más profunda y más rica, despertando en cada uno lo mejor de sí mismo. Pero tal actitud, que engrandece al hombre, está necesariamente vinculada a las exigencias de la justicia. El perdón no es señal de debilidad y no puede ignorar las reivindicaciones legítimas de las víctimas de la injusticia, las cuales reclaman que se les reconozcan sus derechos y se les reparen sus daños. El perdón es como la culminación de la justicia humana frágil e imperfecta, al consentir cicatrizar las heridas que han marcado a las personas, a veces largo tiempo, en lo más profundo de su ser y restablecer lo mejor posible las relaciones humanas que han sido alteradas.

A fin de defender el valor sagrado de la persona humana e incentivar el respeto al otro y la libertad religiosa es necesario, por tanto, que el espíritu de reconciliación y de justicia se inculque en las jóvenes generaciones, especialmente dentro de la familia y en la educación. Sólo así podrán progresar en solidaridad y fraternidad, de forma que no se fomente la violencia como solución de los problemas que han de afrontar y no se utilice jamás la religión para justificar tal opción ni instaurar desigualdades entre las personas.

Señor Embajador: Habéis recordado las grandes figuras de paz y reconciliación, de las comunidades que han marcado la historia antigua y contemporánea de vuestro país. Incluso muy recientemente la Iglesia ha ensalzado de modo particular a Carlos de Foucauld que vivió en vuestra tierra deseando hacerse cercano a todos, como "hermano universal". Según he tenido ya ocasión de afirmar, la Iglesia católica se propone continuar un diálogo abierto y sincero con los creyentes de otras religiones, a la búsqueda del verdadero bien del hombre y de la sociedad. Por ello me regocijo al conocer la calidad de las relaciones mantenidas en vuestro país entre la comunidad católica y la comunidad musulmana. El Encuentro en la verdad entre los creyentes de las diferentes religiones es desafío exigente para el porvenir de la paz en el mundo, y ello pide mucha perseverancia. Para superar la ignorancia y los prejuicios recíprocos

es importante crear lazos de confianza entre las personas, sobre todo compartiendo la vida diaria y el trabajo realizado en común, de forma que la libre expresión de las diferencias confesionales no sea motivo de exclusión mutua sino más bien ocasión para aprender a vivir respetando cada uno la identidad del otro.

Me complace, Señor Embajador, en saludar con afecto por vuestro medio, a la comunidad católica de Argelia, unida en torno a sus Obispos. En los últimos años ha compartido valientemente las pruebas del pueblo de Argelia, dando testimonio significativo de fraternidad universal y deseando continuar con generosidad su misión por el bien del entero país.

Señor Embajador: Inauguráis hoy la noble misión de representar a vuestro país ante la Santa Sede. Quiera V. aceptar los cordialísimos votos que formulo por el éxito feliz de su misión y tened siempre la seguridad de encontrar en mis colaboradores la comprensión y apoyo necesarios.

Sobre Vuestra Excelencia, su familia, sus colaboradores y sobre todos sus compatriotas y sus dirigentes, invoco de todo corazón abundantes bendiciones divinas.

Benedicto XVI
Discurso a S.E. el Señor Don Idriss Jazairi, nuevo embajador de
la República Democrática y Popular de Argelia ante la Santa Sede
1 de diciembre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

JULIO

JULIO

Para que sea dada la posibilidad a todos los ciudadanos, individualmente y en grupo, de participar activamente en la vida y la gestión del país.

28. Para definir con más precisión la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad, hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho:

a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, dijo una vez Agustín: "*Remota itaque iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia?*" (*De Civitate Dei*, IV, 4: CCL 47, 102). Es propio de la estructura fundamental del cristianismo la distinción entre lo que es del César y lo que es de Dios (cf. Mt 22,21), esto es, entre Estado e Iglesia o, como dice el Concilio Vaticano II, el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales (cf. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36). El Estado no puede imponer la religión, pero tiene que garantizar su libertad y la paz entre los seguidores de las diversas religiones; la Iglesia, como expresión social de la fe cristiana, por su parte, tiene su independencia y vive su forma comunitaria basada en la fe, que el Estado debe respetar. Son dos esferas distintas, pero siempre en relación recíproca.

La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. La política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y ésta es de naturaleza ética. Así, pues, el Estado se encuentra inevitablemente de hecho ante la cuestión de cómo realizar la justicia aquí y ahora. Pero esta pregunta

presupone otra más radical: ¿qué es la justicia? Este es un problema que concierne a la razón práctica; pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente.

En este punto, política y fe se encuentran. Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón. Pero, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica.

La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo

cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables.

La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien.

b) El amor - *caritas* - siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo (cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos *Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 197: Ciudad del Vaticano, 2004, 213-214). El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido - cualquier ser humano - necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio

de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive "sólo de pan" (Mt 4,4; cf. Dt 8,3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano.

29. De este modo podemos ahora determinar con mayor precisión la relación que existe en la vida de la Iglesia entre el empeño por el orden justo del Estado y la sociedad, por un lado y, por otro, la actividad caritativa organizada. Ya se ha dicho que el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política, es decir, de la razón auto-responsable. En esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo.

El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la "multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el *bien común*" (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 42: AAS 81 (1989), 472). La misión de los fieles es, por tanto, configurar

rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad (cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública* (24 noviembre 2002), 1). Aunque las manifestaciones de la caridad eclesial nunca pueden confundirse con la actividad del Estado, sigue siendo verdad que la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como "caridad social" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1939).

Las organizaciones caritativas de la Iglesia, sin embargo, son un *opus proprium* suyo, un cometido que le es congenial, en el que ella no coopera colateralmente, sino que actúa como sujeto directamente responsable, haciendo algo que corresponde a su naturaleza. La Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor.

Benedicto XVI
Carta Encíclica "Deus Caritas Est"
25 de diciembre de 2005

Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa por los laicos (MR, Misas por diversas necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Irás a donde Yo te envíe: Jr 1,4-9.

Salmo responsorial: El Dios de justicia: Salmo 94 (93).

Segunda Lectura: Dad razón de vuestra esperanza: 1P 3,13-18.

Evangelio: Parábola de la levadura: Mt 13,33.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Por qué los fieles laicos no pueden renunciar a la acción multiforme en favor del bien común?
2. ¿Cómo pueden configurar rectamente la vida social?
3. ¿En qué consiste la "caridad social" de que habla el Santo Padre en su Encíclica "Deus Caritas est", en el capítulo 29?

ORACION - MEDITACION

El cristiano, hijo de la luz

Romanos 13,1-14

Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen, por Dios han sido constituidas. De modo que, quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden divino, y los rebeldes se atraerán sobre si mismos la condenación. En efecto, los magistrados no son de temer cuando se obra el bien, sino cuando se obra el mal. ¿Quieres no temer a la autoridad? Obra el bien, y obtendrás de ella elogios, pues es para ti un servidor de Dios para el bien. Pero, si obras el mal, teme; pues no en vano lleva la espada; pues es un servidor de Dios para hacer justicia y castigar al que obra el mal. Por tanto, es preciso someterse, no sólo por temor al castigo, sino también en conciencia. Por eso precisamente pagáis los impuestos, porque son funcionarios de Dios, ocupados asiduamente en ese oficio. Dad a cada cual lo que se le debe: a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor.

Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor. Pues el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. En efecto, lo de: *No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás* y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud.

Y esto, teniendo en cuenta el momento en que vivimos. Porque es ya hora de levantaros del sueño; que la salvación está más

cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos, pues de las obras de la tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Como en pleno día, procedamos con decoro: nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias.

INTENCION MISIONERA

Para que, conscientes de su propio deber misionero, todos los cristianos ayuden efectivamente a los que trabajan en la Evangelización de los pueblos.

La publicación del decreto conciliar *Ad gentes*, sobre el que habéis reflexionado oportunamente, ha permitido poner mejor de relieve la raíz originaria de la misión de la Iglesia, es decir, la vida trinitaria de Dios, de quien proviene el movimiento de amor que, desde las Personas divinas, se difunde por la humanidad. Todo brota del corazón del Padre celestial, que tanto amó al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no muera, sino que tenga vida eterna (cf. Jn 3,16).

Con el misterio de la Encarnación, el Hijo unigénito fue constituido auténtico y supremo mediador entre el Padre y los hombres. En él, muerto y resucitado, la ternura providente del Padre alcanza a todo hombre de modos y por caminos que sólo él conoce. La tarea de la Iglesia consiste en comunicar incesantemente este amor divino, gracias a la acción vivificante del Espíritu Santo. En efecto, el Espíritu es quien transforma la vida de los creyentes, liberándolos de la esclavitud del pecado y de la muerte, y

capacitándolos para testimoniar el amor misericordioso de Dios, que en su Hijo, quiere hacer de la humanidad, una única familia (cf. *Deus caritas est*, 19).

Desde sus orígenes, el pueblo cristiano percibió con claridad la importancia de comunicar, a través de una incesante acción misionera, la riqueza de este amor a todos los que todavía no conocían a Cristo. Más aún, durante estos últimos años se ha sentido la necesidad de reafirmar este compromiso, porque - como observó mi amado predecesor Juan Pablo II - en la época moderna la *missio ad gentes* parece sufrir a veces una fase de mayor lentitud debido a las dificultades del nuevo marco antropológico, cultural, social y religioso de la humanidad. Hoy la Iglesia está llamada a afrontar desafíos nuevos, y está dispuesta a dialogar con culturas y religiones diversas, tratando de construir con toda persona de buena voluntad la convivencia pacífica de los pueblos. Así, el campo de la *missio ad gentes* se ha ampliado notablemente, y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas o jurídicas; en efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones.

Se trata de un mandato cuya fiel realización exige paciencia y clarividencia, valentía y humildad, escucha de Dios y discernimiento vigilante de los "signos de los tiempos". El decreto conciliar *Ad gentes* muestra cómo la Iglesia es consciente de que, para que "lo que una vez se obró para todos en orden a la salvación alcance su efecto en todos a través de los tiempos" (n. 3), es necesario recorrer el mismo camino de Cristo, camino que conduce hasta la muerte en la cruz. En efecto, la acción evangelizadora "debe avanzar por el mismo camino por el que avanzó Cristo: esto es, el camino de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección" (*ib.*, 5). Sí, la Iglesia está llamada a servir a la

humanidad de nuestro tiempo, confiando únicamente en Jesús, dejándose iluminar por su Palabra e imitándolo en su entrega generosa a los hermanos. Ella es instrumento en sus manos, y por eso hace lo que puede, consciente de que es siempre el Señor quien realiza todo.

Queridos hermanos y hermanas, gracias por la reflexión que habéis desarrollado durante estos días, profundizando los contenidos y las modalidades de la actividad misionera en nuestra época, en particular, poniendo de relieve la tarea de la teología, que es también exposición sistemática de los diversos aspectos de la misión de la Iglesia. Con la aportación de todos los cristianos el anuncio del Evangelio resultará ciertamente cada vez más comprensible y eficaz.

Que María, Estrella de la evangelización, ayude y sostenga a los que en numerosas regiones del mundo trabajan en la vanguardia de la misión. A este propósito, ¿cómo no recordar a todos los que, también recientemente, han dado la vida por el Evangelio? Que su sacrificio obtenga una renovada primavera, rica en frutos apostólicos para la evangelización. Oremos por esto, encomendando al Señor a todos los que, de diversos modos, trabajan en la gran viña del Señor. Con estos sentimientos, os imparto a vosotros aquí presentes la bendición apostólica, extendiéndola de corazón a vuestros seres queridos y a las comunidades eclesiales a las que pertenecéis.

Benedicto XVI
Discurso a los participantes en un congreso con ocasión del
40 aniversario del Decreto "Ad Gentes"
11 de marzo de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

AGOSTO

AGOSTO

Para que cuantos atraviesan momentos de dificultad interior y de prueba encuentren en Cristo la luz y el apoyo que los conduzcan a descubrir la verdadera felicidad.

Queridos jóvenes:

Es una dicha encontrarme con vosotros aquí, en Colonia, a orillas del Rin. Habéis venido desde varias partes de Alemania, de Europa, del mundo, haciéndoos peregrinos tras los Magos de Oriente. Siguiendo sus huellas, queréis descubrir a Jesús. Habéis aceptado emprender el camino para llegar también vosotros a contemplar, personal y comunitariamente, el rostro de Dios manifestado en el niño acostado en el pesebre. Como vosotros, también yo me he puesto en camino para arrodillarme, con vosotros, ante la blanca Hostia consagrada, en la que los ojos de la fe reconocen la presencia real del Salvador del mundo. Todos juntos seguiremos meditando sobre el tema de esta Jornada mundial de la juventud: "Hemos venido a adorarlo" (Mt 2,2).

Os saludo y os recibo con inmensa alegría, queridos jóvenes, tanto si venís de cerca como de lejos, caminando por las sendas del mundo y los derroteros de vuestra vida. Saludo particularmente a los que han venido de Oriente, como los Magos. Representáis a las incontables muchedumbres de nuestros hermanos y hermanas de la humanidad que esperan, sin saberlo, que aparezca en su cielo la estrella que los conduzca a Cristo, Luz de las gentes, para encontrar en él la respuesta que sacie la sed de sus corazones. Saludo con afecto también a los que estáis aquí y no habéis recibido el bautismo, a los que no conocéis todavía a Cristo o no os reconocéis en la Iglesia. Precisamente a vosotros os invitaba de modo particular a este encuentro el Papa Juan Pablo II; os agradezco que hayáis decidido venir a Colonia.

Alguno de vosotros podría tal vez identificarse con la descripción que Edith Stein hizo de su propia adolescencia, ella, que vivió después en el Carmelo de Colonia: "Había perdido consciente y deliberadamente la costumbre de rezar". Durante estos días podréis recobrar la experiencia vibrante de la oración como diálogo con Dios, del que sabemos que nos ama y al que, a la vez, queremos amar. Quisiera decir a todos insistentemente: Abrid vuestro corazón a Dios. Dejaos sorprender por Cristo. Dadle el "derecho a hablarlos" durante estos días. Abrid las puertas de vuestra libertad a su amor misericordioso. Presentad vuestras alegrías y vuestras penas a Cristo, dejando que él ilumine con su luz vuestra mente y toque con su gracia vuestro corazón. En estos días bendecidos con la alegría y el deseo de compartir, haced la experiencia liberadora de la Iglesia como lugar de la misericordia y de la ternura de Dios para con los hombres. En la Iglesia y mediante la Iglesia llegaréis a Cristo, que os espera.

Al llegar hoy a Colonia para participar con vosotros en la XX Jornada mundial de la juventud, me viene espontáneamente el recuerdo emocionado y agradecido del siervo de Dios, tan querido por todos nosotros, Juan Pablo II, que tuvo la idea brillante de convocar a los jóvenes de todo el mundo para celebrar juntos a Cristo, único Redentor del género humano. Gracias al diálogo profundo que se ha desarrollado durante más de veinte años entre el Papa y los jóvenes, muchos de ellos han podido profundizar la fe, establecer lazos de comunión, apasionarse por la buena nueva de la salvación en Jesucristo y proclamarla en muchas partes de la tierra. Este gran Papa supo entender los desafíos que se presentan a los jóvenes de hoy y, confirmando su confianza en ellos, no dudó en impulsarlos a proclamar con valentía el Evangelio y ser constructores intrépidos de la civilización de la verdad, del amor y de la paz.

Ahora me corresponde a mí recoger esta extraordinaria herencia espiritual que nos ha dejado el Papa Juan Pablo II. El os ha querido, vosotros le habéis entendido y habéis correspondido con el entusiasmo de vuestra edad. Ahora, todos juntos tenemos el cometido de llevar a la práctica sus enseñanzas. Con este compromiso estamos aquí, en Colonia, peregrinos tras las huellas de los Magos. Según la tradición, en griego sus nombres eran Melchor, Gaspar y Baltasar. Mateo refiere en su Evangelio la pregunta que ardía en el corazón de los Magos: "¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?" (Mt 2,2). Su búsqueda era el motivo por el cual emprendieron el largo viaje hasta Jerusalén. Por eso soportaron fatigas y sacrificios, sin ceder al desaliento y a la tentación de volver atrás. Esta era la única pregunta que hacían cuando estaban cerca de la meta.

También nosotros hemos venido a Colonia porque hemos sentido en el corazón, si bien de forma diversa, la misma pregunta que inducía a los hombres de Oriente a ponerse en camino. Es cierto que hoy ya no buscamos a un rey; pero estamos preocupados por la situación del mundo y preguntamos: ¿Dónde encuentro los criterios para mi vida, los criterios para colaborar de modo responsable en la edificación del presente y del futuro de nuestro mundo? ¿De quién puedo fiarme? ¿A quién confiarme? ¿Dónde está el que puede darme la respuesta satisfactoria a los anhelos del corazón?

Plantearse dichas cuestiones significa reconocer, ante todo, que el camino no termina hasta que se ha encontrado a Aquel que tiene el poder de instaurar el Reino universal de justicia y paz, al que los hombres aspiran, aunque no lo sepan construir por sí solos. Hacerse estas preguntas significa además buscar a Alguien que ni se engaña ni puede engañar, y que por eso es capaz de ofrecer una certidumbre tan firme, que merece la pena vivir por ella y, si fuera preciso, también morir por ella.

Cuando se perfila en el horizonte de la existencia una respuesta como esta, queridos amigos, hay que saber tomar las decisiones necesarias. Es como alguien que se encuentra en una bifurcación: ¿Qué camino tomar? ¿El que sugieren las pasiones o el que indica la estrella que brilla en la conciencia? Los Magos, una vez que oyeron la respuesta "en Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta" (Mt 2,5), decidieron continuar el camino y llegar hasta el final, iluminados por esta palabra. Desde Jerusalén fueron a Belén, es decir, desde la palabra que les había indicado dónde estaba el Rey de los judíos que buscaban, hasta el encuentro con aquel Rey, que es al mismo tiempo el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

También a nosotros se nos dice aquella palabra. También nosotros hemos de hacer nuestra opción. En realidad, pensándolo bien, esta es precisamente la experiencia que hacemos al participar en cada Eucaristía. En efecto, en cada misa, el encuentro con la palabra de Dios nos introduce en la participación en el misterio de la cruz y resurrección de Cristo y de este modo nos introduce en la Mesa eucarística, en la unión con Cristo.

En el altar está presente aquel a quien los Magos vieron acostado entre pajas: Cristo, el Pan vivo bajado del cielo para dar la vida al mundo, el verdadero Cordero que da su vida para la salvación de la humanidad. Iluminados por la Palabra, siempre es en Belén - la "Casa del pan" - donde podremos tener ese encuentro sobrecogedor con la indecible grandeza de un Dios que se ha humillado hasta el punto de hacerse ver en el pesebre y de darse como alimento sobre el altar.

Podemos imaginar el asombro de los Magos ante el Niño en pañales. Sólo la fe les permitió reconocer en la figura de aquel niño

al Rey que buscaban, al Dios al que la estrella los había guiado. En él, cubriendo el abismo entre lo finito y lo infinito, entre lo visible y lo invisible, el Eterno ha entrado en el tiempo, el Misterio se ha dado a conocer, mostrándose ante nosotros en los frágiles miembros de un niño recién nacido. "Los Magos están asombrados ante lo que allí contemplan: el cielo en la tierra y la tierra en el cielo; el hombre en Dios y Dios en el hombre; ven encerrado en un pequeñísimo cuerpo aquello que no puede ser contenido en todo el mundo" (san Pedro Crisólogo, *Sermón* 160,2). Durante estas jornadas, en este "Año de la Eucaristía", contemplaremos con el mismo asombro a Cristo presente en el Tabernáculo de la misericordia, en el Sacramento del altar.

Queridos jóvenes, la felicidad que buscáis, la felicidad que tenéis derecho de saborear, tiene un nombre, un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la Eucaristía. Sólo él da plenitud de vida a la humanidad. Decid, con María, vuestro "sí" al Dios que quiere entregarse a vosotros. Os repito hoy lo que dije al principio de mi pontificado: "Quien deja entrar a Cristo (en la propia vida) no pierde nada, nada, absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren de par en par las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera" (*Homilía en el solemne inicio del ministerio petrino*, 24 de abril de 2005). Estad plenamente convencidos: Cristo no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en vosotros, sino que lleva todo a la perfección para la gloria de Dios, la felicidad de los hombres y la salvación del mundo.

Os invito a que os esforcéis estos días por servir sin reservas a Cristo, cueste lo que cueste. El encuentro con Jesucristo os permitirá gustar interiormente la alegría de su presencia viva y vivificante, para testimoniarla después en vuestro entorno. Que

vuestra presencia en esta ciudad sea el primer signo del anuncio del Evangelio mediante el testimonio de vuestro comportamiento y alegría de vivir. Elevemos de nuestro corazón un himno de alabanza y acción de gracias al Padre por tantos bienes que nos ha dado y por el don de la fe que celebraremos juntos, manifestándolo al mundo desde esta tierra del centro de Europa, de una Europa que debe mucho al Evangelio y a los que han dado testimonio de él a lo largo de los siglos.

Ahora iré en peregrinación a la catedral de Colonia para venerar allí las reliquias de los santos Magos, que decidieron abandonar todo para seguir la estrella que los condujo al Salvador del género humano. También vosotros, queridos jóvenes, habéis tenido o tendréis ocasión de hacer la misma peregrinación. Estas reliquias no son más que el signo frágil y pobre de lo que ellos fueron y vivieron hace tantos siglos. Las reliquias nos conducen a Dios mismo; en efecto, es él quien, con la fuerza de su gracia, da a seres frágiles la valentía de testimoniarlo ante el mundo. Cuando la Iglesia nos invita a venerar los restos mortales de los mártires y de los santos, no olvida que, en definitiva, se trata de pobres huesos humanos, pero huesos que pertenecían a personas en las que se ha posado la potencia viva de Dios. Las reliquias de los santos son huellas de esa presencia invisible pero real que ilumina las tinieblas del mundo, manifestando el reino de los cielos que está dentro de nosotros. Proclaman, con nosotros y por nosotros: "Maranatha" - "Ven, Señor Jesús" -. Queridos jóvenes, con estas palabras os saludo y os cito para la vigilia del sábado por la tarde.

A todos, ¡hasta luego!

Benedicto XVI
Discurso con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud
18 de agosto de 2005

Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa del Sagrado Corazón de Jesús (MR, Viernes después del 2º domingo de Pentecostés).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El Señor os ama: Dt 7,6-11.

Salmo responsorial: El Señor es bueno y misericordioso: Salmo 103 (102).

Segunda Lectura: Dios nos amó y nos envió su Hijo: 1Jn 4,7-16.

Evangelio: Venid a Mi los que estáis cansados y oprimidos y Yo os aliviaré: Mt 11,25-30.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. La verdadera felicidad ¿en qué consiste?
2. ¿Acaso la fe en el Señor forma parte de esta dicha?
3. ¿Incluso cuando se sufre?

ORACION - MEDITACION

Epopeya maravillosa del retorno

Isaías 49,7-17

Así dice Yahvéh, el que rescata a Israel, el Santo suyo, a aquel cuya vida es despreciada, y es abominado de las gentes, al esclavo de los dominadores: Veránlo reyes y se podrán en pie, príncipes y se postrarán por respeto a Yahvéh, que es leal, al Santo de Israel, que te ha elegido.

Así dice Yahvéh: En tiempo favorable te escucharé, y en día nefasto te asistiré. (Yo te formé y te he destinado a ser alianza del pueblo), para levantar la tierra, para repartir las heredades desoladas, para decir a los presos: "Salid", y a los que están en tinieblas: "Mostraos". Por todos los caminos pacerán y en todos los calveros tendrán pasto. No tendrán hambre ni sed, ni les dará el bochorno ni el sol, pues el que tiene piedad de ellos los conducirá, y a manantiales de agua los guiará. Convertiré todos los montes en caminos, y mis calzadas serán levantadas. Mira: Estos vienen de lejos, esos otros del norte y del oeste, y aquéllos de la tierra de Sinim.

¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! Prorrumpan los montes en gritos de alegría, pues Yahvéh ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido. Pero dice Sión: "Yahvéh me ha abandonado, el Señor me ha olvidado". - ¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada, tus muros están ante mí perpetuamente. Apresúrense los que te reedifican, y salgan de ti los que te arruinaron y demolieron.

INTENCION MISIONERA

Para que la Iglesia en China testimonie una cohesión interna cada vez mayor y pueda manifestar la efectiva y visible comunión con el Sucesor de Pedro.

Queridos y venerados padres sinodales, durante tres semanas hemos vivido juntos un clima de renovado fervor eucarístico. Ahora, juntamente con vosotros y en nombre de todo el Episcopado, quisiera enviar un saludo fraterno a los Obispos de la Iglesia en China. Con profunda pena hemos sentido la falta de sus representantes. Sin embargo, quiero asegurar a todos los prelados chinos que, con la oración, estamos cerca de ellos y de sus sacerdotes y fieles. El doloroso camino de las comunidades confiadas a su cuidado pastoral está presente en nuestro corazón: no quedará sin fruto, porque es una participación en el Misterio pascual, para gloria del Padre.

Los trabajos sinodales nos han permitido profundizar en los aspectos más importantes de este misterio dado a la Iglesia desde el inicio. La contemplación de la Eucaristía debe impulsar a todos los miembros de la Iglesia, en primer lugar a los sacerdotes, ministros de la Eucaristía, a renovar su compromiso de fidelidad. En el misterio eucarístico, celebrado y adorado, se funda el celibato, que los presbíteros han recibido como don valioso y signo del amor indiviso a Dios y al prójimo.

También para los laicos la espiritualidad eucarística debe ser el motor interior de toda actividad, y no se puede admitir ninguna dicotomía entre la fe y la vida en su misión de animación cristiana del mundo.

Mientras se concluye el Año de la Eucaristía, ¡cómo no dar gracias a Dios por los numerosos dones concedidos a la Iglesia en este tiempo! Y ¡cómo no recoger la invitación del amado Papa Juan Pablo II a "recomenzar desde Cristo"! Como los discípulos de Emaús, que, con el corazón ardiendo por la palabra del Resucitado e iluminados por su presencia viva, reconocida en la fracción del pan, volvieron de inmediato a Jerusalén y se convirtieron en anunciadores de la resurrección de Cristo, también nosotros reanudemos nuestro camino animados por el vivo deseo de testimoniar el misterio de este amor que da esperanza al mundo.

Benedicto XVI
Homilía en la solemne conclusión de la
XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos
23 de octubre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

SEPTIEMBRE

SEPTIEMBRE

Para que la asamblea ecuménica de Sibiu en Rumania contribuya al crecimiento de la unidad de todos los cristianos por la que oró el Señor en la Última Cena.

Queridos hermanos y hermanas:

En este día, en el que se celebra la Conversión del apóstol san Pablo, concluimos, reunidos en fraterna asamblea litúrgica, la Semana anual de oración por la unidad de los cristianos.

Es significativo que la memoria de la conversión del Apóstol de las gentes coincida con la última jornada de esta importante Semana, en la que pedimos a Dios con especial intensidad el valioso don de la unidad entre todos los cristianos, haciendo nuestra la invocación que Jesús mismo elevó al Padre por sus discípulos: "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17,21).

La aspiración de toda comunidad cristiana y de cada uno de los fieles a la unidad, y la fuerza para realizarla, son un don del Espíritu Santo y son paralelas a una fidelidad cada vez más profunda y radical al Evangelio (cf. *Ut unum sint*, 15).

Somos conscientes de que en la base del compromiso ecuménico se encuentra la conversión del corazón, como afirma claramente el concilio Vaticano II: "El auténtico ecumenismo no se da sin la conversión interior, porque los deseos de unidad brotan y

maduran como fruto de la renovación de la mente, de la negación de sí mismo y de una efusión libérrima de la caridad" (*Unitatis redintegratio*, 7).

"*Deus caritas est*", "Dios es amor" (1Jn 4,8.16). Sobre esta sólida roca se apoya toda la fe de la Iglesia. En particular, se basa en ella la paciente búsqueda de la comunión plena entre todos los discípulos de Cristo: fijando la mirada en esta verdad, cumbre de la revelación divina, las divisiones, aunque conserven su dolorosa gravedad, parecen superables y no nos desalientan. El Señor Jesús, que con la sangre de su Pasión derribó "el muro de separación", "la enemistad" (Ef 2,14), seguramente concederá a los que lo invocan con fe la fuerza para cicatrizar cualquier herida. Pero es preciso recomenzar siempre desde aquí: "*Deus caritas est*".

Al tema del amor he querido dedicar mi primera encíclica, que se ha publicado precisamente hoy, y esta feliz coincidencia con la conclusión de la Semana de oración por la unidad de los cristianos nos invita a considerar este encuentro y, más aún, todo el camino ecuménico a la luz del amor de Dios, del Amor que es Dios. Si ya desde el punto de vista humano el amor se manifiesta como una fuerza invencible, ¿qué debemos decir nosotros, que "hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él"? (1Jn 4,16).

El auténtico amor no anula las diferencias legítimas, sino que las armoniza en una unidad superior, que no se impone *desde fuera*; más bien, *desde dentro*, por decirlo así, da forma al conjunto. Es el misterio de la comunión, que, como une al hombre y la mujer en la comunidad de amor y de vida que es el matrimonio, forma a la Iglesia como comunidad de amor, juntando en la unidad a una multiforme riqueza de dones y de tradiciones.

Al servicio de esa unidad de amor está la Iglesia de Roma, que, según la expresión de san Ignacio de Antioquía, "preside en la caridad" (*Ad Rom.*, 1,1). Ante vosotros, queridos hermanos y hermanas, deseo hoy renovar la consagración a Dios de mi peculiar ministerio petrino, invocando sobre él la luz y la fuerza del Espíritu Santo, a fin de que favorezca siempre la comunión fraterna entre todos los cristianos.

Las dos breves lecturas bíblicas de la liturgia vespertina de hoy están profundamente unidas por el tema del amor.

En la primera, la caridad divina es la fuerza que transforma la vida de Saulo de Tarso y lo convierte en el Apóstol de las gentes. Escribiendo a los cristianos de Corinto, san Pablo confiesa que la gracia de Dios ha obrado en él el acontecimiento extraordinario de la conversión: "Por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí" (1Co 15,10).

Por una parte, siente el peso de haber impedido la difusión del mensaje de Cristo, pero al mismo tiempo vive con la alegría de haberse encontrado con el Señor resucitado y haber sido iluminado y transformado por su luz. Recuerda constantemente ese acontecimiento que cambió su existencia, acontecimiento tan importante para la Iglesia entera, que en los Hechos de los Apóstoles se hace referencia a él tres veces (cf. Hch 9,3-9; 22,6-11; 26,12-18). En el camino de Damasco, Saulo escuchó la desconcertante pregunta: "¿Por qué me persigues?". Cayendo en tierra, turbado en su interior, preguntó: "¿Quién eres, Señor?", y obtuvo la respuesta que está en la raíz de su conversión: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues" (Hch 9,4-5). Pablo comprendió en un instante lo que después expresaría en sus escritos: que la Iglesia forma un solo cuerpo, cuya cabeza es Cristo. Así, de perseguidor de los cristianos se convirtió en el Apóstol de las gentes.

En el pasaje evangélico de san Mateo que se acaba de proclamar, el amor actúa como principio de unión de los cristianos y hace que su oración unánime sea escuchada por el Padre celestial. Dice Jesús: "Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, se lo concederá mi Padre que está en los cielos" (Mt 18,19). El verbo que usa el evangelista para decir "se ponen de acuerdo" es *synphônêsôsin*, que encierra la referencia a una "sinfonía" de corazones. Esto es lo que influye en el corazón de Dios. Así pues, el acuerdo en la oración resulta importante para que la acoja el Padre celestial. El pedir juntos implica ya un paso hacia la unidad entre los que piden.

Ciertamente, eso no significa que la respuesta de Dios esté, de alguna forma, determinada por nuestra petición. Como sabemos bien, la anhelada realización de la unidad depende, en primer lugar, de la voluntad de Dios, cuyo designio y cuya generosidad superan la comprensión del hombre e incluso sus peticiones y expectativas. Precisamente contando con la bondad divina, intensifiquemos nuestra oración común por la unidad, que es un medio necesario y muy eficaz, como recordó Juan Pablo II en la encíclica *Ut unum sint*: "En el camino ecuménico hacia la unidad, la primacía corresponde sin duda a la oración común, a la unión orante de quienes se congregan en torno a Cristo mismo" (n. 22).

Analizando más profundamente estos versículos evangélicos, comprendemos mejor la razón por la cual el Padre acogerá positivamente la petición de la comunidad cristiana: "Porque - dice Jesús - donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20). Es la presencia de Cristo la que hace eficaz la oración común de los que se reúnen en su nombre.

Cuando los cristianos se congregan para orar, Jesús mismo está en medio de ellos. Son uno con Aquel que es el único mediador entre Dios y los hombres. La constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II se refiere precisamente a este pasaje del evangelio para indicar uno de los modos de la presencia de Cristo: "Cuando la Iglesia suplica y canta salmos, está presente el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre ahí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20)" (*Sacrosanctum Concilium*, 7).

San Juan Crisóstomo, comentando este texto del evangelio de san Mateo, se pregunta: "Pues bien, ¿no hay dos o tres que se reúnen en su nombre? Sí, los hay - responde -, pero raramente" (*Homilias sobre el evangelio de san Mateo*, 60, 3). Esta tarde siento una inmensa alegría al ver una asamblea tan numerosa y orante, que implora de modo "sinfónico" el don de la unidad. A todos y a cada uno dirijo mi cordial saludo. Saludo con particular afecto a los hermanos de las otras Iglesias y comunidades eclesiales de esta ciudad, unidos en el único bautismo, que nos convierte en miembros del único Cuerpo místico de Cristo.

Han pasado sólo cuarenta años desde que, precisamente en esta basílica, el 5 de diciembre de 1965, el siervo de Dios Pablo VI, de feliz memoria, celebró la primera oración común, al concluir el Concilio Vaticano II, con la solemne presencia de los padres conciliares y la participación activa de los observadores de las otras Iglesias y comunidades eclesiales. Luego, el amado Juan Pablo II continuó con perseverancia la tradición de concluir aquí la Semana de oración. Estoy seguro de que esta tarde ambos nos miran desde el cielo y se unen a nuestra oración.

Entre los que participan en esta asamblea quisiera saludar en especial al grupo de los delegados de Iglesias, de Conferencias episcopales, de comunidades cristianas y de organismos ecuménicos que trabajan en la preparación de la III Asamblea ecuménica europea, que tendrá lugar en Sibiu (Rumanía), en septiembre de 2007, sobre el tema: "La luz de Cristo ilumina a todos. Esperanza de renovación y unidad en Europa".

Sí, queridos hermanos y hermanas, los cristianos tenemos la tarea de ser, en Europa y en medio de todos los pueblos, "luz del mundo" (Mt 5,14). Que Dios nos conceda llegar pronto a la anhelada comunión plena. El restablecimiento de nuestra unidad dará mayor eficacia a la evangelización. La unidad es nuestra misión común; es la condición para que la luz de Cristo se difunda más eficazmente en todo el mundo y los hombres se conviertan y se salven.

¡Cuánto camino nos queda aún por recorrer! Pero no perdamos la confianza; al contrario, con más ahínco reanudemos el camino juntos. Cristo nos precede y nos acompaña. Contamos con su indefectible presencia. A él le imploramos humilde e incansablemente el valioso don de la unidad y la paz.

Benedicto XVI
Homilía en la conclusión de la semana de oración por la
Unidad de los Cristianos
25 de enero de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa por la unidad de los Cristianos (MR, Misas por diversas necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Os reuniré de entre las naciones y os daré un corazón nuevo: Ez 36,24-28.

Salmo responsorial: El Señor es mi pastor: Sal 23 (22).

Segunda Lectura: No haya divisiones entre vosotros: 1Co 1,10-13.

Evangelio: Un solo rebaño y un solo Pastor: Jn 10,11-16.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Por qué la unidad de los cristianos es tan importante para el Señor?
2. ¿Qué actitud favorece más esta unidad?
3. ¿De qué manera podemos interesarnos por esta unidad en nuestra vida cotidiana?

ORACION - MEDITACION

Llamamiento a la unidad

Efesios 4,1-16

Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos.

A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida del don de Cristo. Por eso dice: *Subiendo a la altura, llevó cautivos y dio dones a los hombres.*

¿Qué quiere decir "subió" sino que antes bajó a las regiones inferiores de la tierra?. Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo. El mismo "dio" a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo.

Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor.

INTENCION MISIONERA

Para que, unidos a Cristo con alegría, los misioneros y misioneras superen las dificultades de la vida diaria.

La contemplación de la Eucaristía debe impulsar a todos los miembros de la Iglesia, en primer lugar a los sacerdotes, ministros de la Eucaristía, a renovar su compromiso de fidelidad. En el misterio eucarístico, celebrado y adorado, se funda el celibato, que los presbíteros han recibido como don valioso y signo del amor indiviso a Dios y al prójimo.

También para los laicos la espiritualidad eucarística debe ser el motor interior de toda actividad, y no se puede admitir ninguna dicotomía entre la fe y la vida en su misión de animación cristiana del mundo. Mientras se concluye el Año de la Eucaristía, ¡cómo no dar gracias a Dios por los numerosos dones concedidos a la Iglesia en este tiempo! Y ¡cómo no recoger la invitación del amado Papa Juan Pablo II a "recomenzar desde Cristo"! Como los discípulos de Emaús, que, con el corazón ardiendo por la palabra del Resucitado e iluminados por su presencia viva, reconocida en la fracción del pan,

volvieron de inmediato a Jerusalén y se convirtieron en anunciadores de la resurrección de Cristo, también nosotros reanudemos nuestro camino animados por el vivo deseo de testimoniar el misterio de este amor que da esperanza al mundo.

En esta perspectiva eucarística se sitúa bien la Jornada mundial de las misiones, que celebramos hoy y a la que el venerado siervo de Dios Juan Pablo II había dado como tema de reflexión: "Misión: Pan partido para la vida del mundo". La comunidad eclesial, cuando celebra la Eucaristía, especialmente en el día del Señor, toma cada vez mayor conciencia de que el sacrificio de Cristo es "por todos" (Mt 26,28), y la Eucaristía impulsa al cristiano a ser "pan partido" para los demás, a trabajar por un mundo más justo y fraterno. También hoy, ante las multitudes, Cristo sigue exhortando a sus discípulos: "Dadles vosotros de comer" (Mt 14,16), y, en su nombre, los misioneros anuncian y testimonian el Evangelio, a veces incluso con el sacrificio de su vida.

Queridos amigos, todos debemos recomenzar desde la Eucaristía. Que María, Mujer eucarística, nos ayude a estar enamorados de ella y a "permanecer" en el amor de Cristo, para que él nos renueve íntimamente. Así, dócil a la acción del Espíritu y atenta a las necesidades de los hombres, la Iglesia será cada vez más faro de luz, de verdadera alegría y de esperanza, realizando plenamente su misión de "signo e instrumento de unidad de todo el género humano" (*Lumen gentium*, 1).

Benedicto XVI
Homilía, solemne conclusión de la XI Asamblea
General Ordinaria del Sínodo de los Obispos
23 de octubre de 2005

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

OCTUBRE

OCTUBRE

Para que los cristianos que se encuentran en situación de minoría tengan la fuerza y el valor de vivir su fe y de perseverar en su testimonio.

Queridos hermanos en el episcopado:

1. "Ved: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos" (Sal 133,1). Con este espíritu de armonía, os doy la bienvenida con alegría y afecto, Obispos de Sudáfrica, Botsuana, Suazilandia, Namibia y Lesotho. A través de vosotros extendiendo mi cordial saludo al clero, a los religiosos y a los laicos de vuestros países.

En este año dedicado a la Eucaristía, habéis recibido la bendición de hacer vuestra solemne visita *ad limina Apostolorum*. "La Eucaristía, corazón de la vida cristiana y manantial de la misión evangelizadora de la Iglesia, no puede menos de constituir siempre el centro y la fuente del servicio petrino" (*Mensaje en la santa misa por la Iglesia universal*, 20 de abril de 2005, n. 4). Del mismo modo, la Eucaristía debe estar siempre en el centro de vuestro ministerio episcopal y debe inspirar a quienes os ayudan en vuestra sagrada tarea.

2. La comunión con Cristo es la fuente inagotable de cada uno de los elementos de la vida eclesial, "en primer lugar la comunión entre todos los fieles, el compromiso de anunciar y testimoniar el Evangelio, y el ardor de la caridad hacia todos, especialmente hacia los pobres y los pequeños" (*ib.*). Los católicos en vuestra región constituyen una minoría. Esto plantea muchos desafíos, que requieren dedicación por parte de la Iglesia para apacentar eficazmente la grey y, al mismo tiempo, permanecer fiel a su compromiso misionero.

Por esta razón, es esencial que los Obispos promuevan la obra crucial de la catequesis para asegurar que el pueblo de Dios esté verdaderamente preparado para testimoniar con la palabra y con las obras la doctrina auténtica del Evangelio. Al contemplar la Iglesia en Africa, y todo lo que se ha logrado allí durante el último siglo, doy gracias a nuestro Padre celestial por los numerosos sacerdotes, religiosos y laicos, hombres y mujeres, que han dedicado su vida a esta noble tarea. Los Obispos tienen la responsabilidad particular de asegurar que estos "evangelizadores insustituibles" reciban la necesaria preparación espiritual, doctrinal y moral (cf. *Ecclesia in Africa*, 91).

3. Aunque vuestra región necesita aún más sacerdotes, no podemos menos de dar gracias a Dios por el gran número de vocaciones al sacerdocio de las que sois testigos actualmente en el Africa subsahariana. Como pastores de la grey de Cristo, tenéis la grave responsabilidad de ayudarles a convertirse en hombres de la Eucaristía. Los sacerdotes están llamados a dejarlo todo y a ser cada vez más devotos del santísimo Sacramento, llevando a los hombres y mujeres a este misterio y a la paz que implica (cf. *Homilía del domingo de Pentecostés*, 15 de mayo de 2005). Por tanto, os aliento en vuestros continuos esfuerzos por seleccionar con esmero a los candidatos al sacerdocio. De igual modo, es preciso formar con gran celo a estos jóvenes a fin de garantizar que estén preparados para los numerosos desafíos que deberán afrontar, ayudándoles a manifestar con la palabra y con las obras la paz y la alegría de nuestro Señor y Salvador.

Un mundo lleno de tentaciones exige sacerdotes totalmente entregados a su misión. Por consiguiente, se requiere de modo muy especial que se abran plenamente al servicio de los demás como hizo Cristo, aceptando el don del celibato. Los Obispos deben ayudarles, procurando que este don jamás se transforme en un peso, sino que sea siempre fuente de vida. Un modo para lograr este objetivo es reunir a los ministros de la Palabra y de los sacramentos

para que reciban formación permanente, participando en retiros y días de recogimiento.

4. La vida familiar ha sido siempre un elemento unificador de la sociedad africana. De hecho, dentro de la "iglesia doméstica", "construida sobre sólidas bases culturales y sobre los ricos valores de la tradición familiar africana", los niños aprenden por primera vez el carácter central de la Eucaristía en la vida cristiana (cf. *Ecclesia in Africa*, 92). Es preocupante que el entramado de la vida africana, su misma fuente de esperanza y estabilidad, esté amenazado por el divorcio, el aborto, la prostitución, el tráfico de seres humanos y la mentalidad anticonceptiva, todo lo cual contribuye a una crisis de la moral sexual.

Queridos hermanos en el episcopado, comparto vuestra profunda preocupación por la devastación causada por el sida y las enfermedades relacionadas con él. Oro a Dios especialmente por las viudas, los huérfanos, las jóvenes madres y todos aquellos cuyas vidas han quedado destrozadas por esta cruel epidemia. Os exhorto a continuar vuestros esfuerzos por combatir este virus, que no sólo mata, sino que también pone seriamente en peligro la estabilidad social y económica del continente. La Iglesia católica ha estado siempre a la vanguardia tanto en la prevención como en la curación de esta enfermedad. La doctrina tradicional de la Iglesia ha resultado ser el único método seguro para prevenir la difusión del sida. Por esta razón, "el afecto, la alegría, la felicidad y la paz que proporcionan el matrimonio cristiano y la fidelidad, así como la seguridad que da la castidad, deben ser siempre presentados a los fieles, sobre todo a los jóvenes" (*Ecclesia in Africa*, 116).

5. Queridos hermanos, mientras seguimos celebrando un año dedicado a la sagrada Eucaristía, oro para que os sostenga la promesa del Señor: "Yo estoy con vosotros todos los días" (Mt 28,19).

Que vuestro testimonio de hombres llenos de esperanza eucarística ayude a vuestra grey a apreciar cada vez más este misterio. A cada uno de vosotros y a todos los que han sido encomendados a vuestra solicitud pastoral imparto cordialmente mi bendición apostólica.

*Benedictio XVI
Discurso a los Obispos de Sudáfrica, Botsuana, Suazilandia,
Namibia y Lesotho en visita "Ad Limina"
10 de junio de 2005*

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa ritual de la Confirmación (MR, Misas rituales).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: Tendréis la fuerza del Espíritu Santo y seréis mis testigos: Hch 1,3-8.

Salmo responsorial: Envía tu Espíritu, Señor, para que renueve la tierra: Salmo 104(103),27-35.

Segunda Lectura: El amor de Dios ha sido infundido en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo: Rm 5,1-2.5-8.

Evangelio: El Espíritu del Señor está sobre mí: Lc 4,16-22.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Es que, a veces o siempre, tenéis la impresión de encontraros como cristianos en situación de minoría en vuestro país?
2. Entonces ¿qué os ayuda a vivir vuestra fe?
3. ¿Dónde encontraréis fuerza para testimoniarla con perseverancia?

ORACION - MEDITACION

Hijos de Dios gracias al Espíritu Romanos 8,14-28

En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios: Y, si hijos, también herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados.

Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior

anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia.

Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios.

INTENCION MISIONERA

Para que la Jornada Misionera Mundial sea una ocasión propicia para suscitar en los bautizados una conciencia misionera cada vez más profunda.

La cooperación en la actividad misionera

77. Miembros de la Iglesia en virtud del bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera. La participación de las comunidades y de cada fiel en este derecho-deber se llama "cooperación misionera".

Tal cooperación se fundamenta y se vive, ante todo, mediante la unión personal con Cristo: sólo si se está unido a él, como el sarmiento a la viña (cf. Jn 15,5), se pueden producir buenos frutos. La santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia: "El Concilio invita a todos a una profunda renovación interior, a fin de que, teniendo viva conciencia de la propia responsabilidad en la difusión del Evangelio, acepten su participación en la obra misionera entre los gentiles" (Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Ad gentes, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 35; cf. C.I.C. cánn. 211, 781).

La participación en la misión universal no se reduce, pues, a algunas actividades particulares, sino que es signo de la madurez de la fe y de una vida cristiana que produce frutos. De esta manera el creyente amplía los confines de su caridad, manifestando la solicitud por quienes están lejos y por quienes están cerca: ruega por las misiones y por las vocaciones misioneras, ayuda a los misioneros, sigue sus actividades con interés y, cuando regresan, los acoge con aquella alegría con la que las primeras comunidades cristianas escuchaban de los Apóstoles las maravillas que Dios había obrado mediante su predicación (cf. Hch 14,27).

Oración y sacrificios por los misioneros

78. Entre las formas de participación, el primer lugar corresponde a la cooperación espiritual: oración, sacrificios, testimonio de vida cristiana. La oración debe acompañar el camino de los misioneros, para que el anuncio de la Palabra resulte eficaz por medio de la gracia divina. San Pablo, en sus *Cartas*, pide a menudo a los fieles que recen por él, para que pueda anunciar el Evangelio con confianza y franqueza.

A la oración es necesario unir el sacrificio. El valor salvífico de todo sufrimiento, aceptado y ofrecido a Dios con amor, deriva del sacrificio de Cristo, que llama a los miembros de su Cuerpo místico a unirse a sus padecimientos y completarlos en la propia carne (cf. Col 1,24). El sacrificio del misionero debe ser compartido y sostenido por el de todos los fieles. Por esto, recomiendo a quienes ejercen su ministerio pastoral entre los enfermos, que los instruyan sobre el valor del sufrimiento, animándoles a ofrecerlo a Dios por los misioneros. Con tal ofrecimiento los enfermos se hacen también misioneros, como lo subrayan algunos movimientos surgidos entre ellos y para ellos. Incluso la misma solemnidad de Pentecostés, inicio de la misión de la Iglesia, es celebrada en algunas comunidades como "Jornada del sufrimiento por las Misiones".

(...)

"Mayor felicidad hay en dar que en recibir" (Hch 20,35)

81. Son muchas las necesidades materiales y económicas de las misiones; no sólo para fundar la Iglesia con estructuras mínimas (capillas, escuelas para catequistas y seminaristas, viviendas), sino también para sostener las obras de caridad, de educación y promoción humana, campo inmenso de acción, especialmente en los países pobres. La Iglesia misionera da lo que recibe; distribuye a los pobres lo que sus hijos más pudientes en recursos materiales ponen generosamente a su disposición. A este respecto, deseo dar las gracias a todos aquellos que dan con sacrificio para la obra misionera; sus renunciaciones y su participación son indispensables para construir la Iglesia y testimoniar la caridad.

Respecto a las ayudas materiales es importante comprobar el espíritu con el que se da. Para ello, es necesario revisar el propio estilo de vida: las misiones no piden solamente ayuda, sino compartir el anuncio y la caridad para con los pobres. Todo lo que hemos recibido de Dios - tanto la vida como los bienes materiales - no es nuestro sino que nos ha sido dado para usarlo. La generosidad en el dar debe estar siempre iluminada e inspirada por la fe: entonces sí que hay más alegría en dar que en recibir.

La *Jornada Misionera Mundial*, orientada a sensibilizar sobre el problema misionero, así como a recoger donativos, es una cita importante en la vida de la Iglesia, porque enseña cómo se ha de dar: *en la* celebración eucarística, esto es, como ofrenda a Dios, y para todas las misiones del mundo.

Juan Pablo II
Redemptoris missio
7 de diciembre de 1990

NOVIEMBRE

NOVIEMBRE

Para que cuantos se dedican a la investigación médica y cuantos están implicados en la actividad legislativa respeten profundamente la vida humana, desde su comienzo hasta su terminación natural.

En efecto, el tema de estudio elegido para vuestra asamblea, "El embrión humano en la fase de preimplantación", es decir, en los primeros días que siguen a la concepción, es una cuestión sumamente importante hoy, tanto por sus evidentes repercusiones sobre la reflexión filosófico-antropológica y ética como por sus perspectivas de aplicación en el ámbito de las ciencias biomédicas y jurídicas. Se trata, indudablemente, de un tema fascinante, pero difícil y arduo, dada la naturaleza tan delicada del asunto en cuestión y la complejidad de los problemas epistemológicos que conciernen a la relación entre la constatación de los hechos en las ciencias experimentales y la consiguiente y necesaria reflexión sobre los valores en el ámbito antropológico.

Como se puede comprender bien, ni la sagrada Escritura ni la Tradición cristiana más antigua pueden contener exposiciones explícitas sobre vuestro tema. Sin embargo, san Lucas, al narrar el encuentro de la Madre de Jesús, que lo había concebido en su seno virginal hacía sólo pocos días, con la madre de Juan Bautista, ya al sexto mes de embarazo, testimonia la presencia activa, aunque escondida, de dos niños: "Cuando oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno" (Lc 1,41). San Ambrosio comenta: Isabel "percibió la llegada de María, y él (Juan) la llegada del Señor; la mujer, la llegada de la mujer; el niño, la llegada del Niño" (Comm. in Lc 2,19.22-26).

Con todo, aunque falten enseñanzas explícitas sobre los primeros días de vida de la criatura concebida, es posible encontrar en la sagrada Escritura indicaciones valiosas que despiertan

sentimientos de admiración y aprecio del hombre recién concebido, especialmente en quienes, como vosotros, se proponen estudiar el misterio de la generación humana. En efecto, los libros sagrados quieren mostrar el amor de Dios a cada ser humano aun antes de su formación en el seno de la madre. "Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado" (Jr 1,5), dice Dios al profeta Jeremías. Y el salmista reconoce con gratitud: "Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente, porque son admirables tus obras; conocías hasta el fondo de mi alma" (Sal 139,13-14). Estas palabras adquieren toda su riqueza de significado cuando se piensa que Dios interviene directamente en la creación del alma de cada nuevo ser humano.

El amor de Dios no hace diferencia entre el recién concebido, aún en el seno de su madre, y el niño o el joven o el hombre maduro o el anciano. No hace diferencia, porque en cada uno de ellos ve la huella de su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26). No hace diferencia, porque en todos ve reflejado el rostro de su Hijo unigénito, en quien "nos ha elegido antes de la creación del mundo (...), eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos (...), según el beneplácito de su voluntad" (Ef 1,4-6). Este amor ilimitado y casi incomprensible de Dios al hombre revela hasta qué punto la persona humana es digna de ser amada por sí misma, independientemente de cualquier otra consideración: inteligencia, belleza, salud, juventud, integridad, etc. En definitiva, la vida humana siempre es un bien, puesto que "es manifestación de Dios en el mundo, signo de su presencia, resplandor de su gloria" (*Evangelium vitae*, 34).

En efecto, al hombre se le dona una altísima dignidad, que tiene sus raíces en el íntimo vínculo que lo une a su Creador: en el hombre, en todo hombre, en cualquier fase o condición de su vida, resplandece un reflejo de la misma realidad de Dios. Por eso el Magisterio de la Iglesia ha proclamado constantemente el carácter

sagrado e inviolable de toda vida humana, desde su concepción hasta su fin natural (cf. *ib.*, 57). Este juicio moral vale ya al comienzo de la vida de un embrión, incluso antes de que se haya implantado en el seno materno, que lo custodiará y nutrirá durante nueve meses hasta el momento del nacimiento: "La vida humana es sagrada e inviolable en todo momento de su existencia, también en el inicial que precede al nacimiento" (*ib.*, 61).

Queridos estudiosos, sé bien con cuáles sentimientos de admiración y de profundo respeto por el hombre realizáis vuestro arduo y fructuoso trabajo de investigación precisamente sobre el origen mismo de la vida humana: un misterio cuyo significado la ciencia será capaz de iluminar cada vez más, aunque es difícil que logre descifrarlo del todo. En efecto, en cuanto la razón logra superar un límite considerado insalvable, se encuentra con el desafío de otros límites, hasta entonces desconocidos. El hombre seguirá siendo siempre un enigma profundo e impenetrable. Ya en el siglo IV, san Cirilo de Jerusalén hacía la siguiente reflexión a los catecúmenos que se preparaban para recibir el bautismo: "¿Quién es el que ha preparado la cavidad del útero para la procreación de los hijos?, ¿quién ha animado en él al feto inanimado? ¿Quién nos ha provisto de nervios y huesos, rodeándonos luego de piel y de carne (cf. Jb 10,11) y, en cuanto el niño ha nacido, hace salir del seno leche en abundancia? ¿De qué modo el niño, al crecer, se hace adolescente, se convierte en joven, luego en hombre y, por último en anciano, sin que nadie logre descubrir el día preciso en el que se realiza el cambio?". Y concluía: "estás viendo, oh hombre, al artífice; estás viendo al sabio Creador" (*Catequesis bautismal*, 9,15-16).

Al inicio del tercer milenio, siguen siendo válidas estas consideraciones, que más que al fenómeno físico o fisiológico se refieren a su significado antropológico y metafísico. Hemos mejorado enormemente nuestros conocimientos e identificado mejor los límites de nuestra ignorancia; pero, al parecer, a la inteligencia

humana le resulta demasiado arduo darse cuenta de que, contemplando la creación, encontramos la huella del Creador. En realidad, quien ama la verdad, como vosotros, queridos estudiosos, debería percibir que la investigación sobre temas tan profundos nos permite ver e incluso casi tocar la mano de Dios. Más allá de los límites del método experimental, en el confín del reino que algunos llaman meta-análisis, donde ya no basta o no es posible sólo la percepción sensorial ni la verificación científica, empieza la aventura de la trascendencia, el compromiso de "ir más allá".

Queridos investigadores y estudiosos, os deseo que logréis cada vez más no sólo examinar la realidad objeto de vuestros esfuerzos, sino también contemplarla de modo tal que, junto con vuestros descubrimientos, surjan además las preguntas que llevan a descubrir en la belleza de las criaturas el reflejo del Creador. En este contexto, me complace expresar mi aprecio y agradecimiento a la Academia pontificia para la vida por su valioso trabajo de "estudio, formación e información", del que se benefician los Dicasterios de la Santa Sede, las Iglesias locales y los estudiosos atentos a todo lo que la Iglesia propone en el campo de la investigación científica y sobre la vida humana en su relación con la ética y el derecho.

Por la urgencia y la importancia de estos problemas, considero providencial la institución por parte de mi venerado predecesor Juan Pablo II de este organismo. Por tanto, a todos vosotros, Presidencia, personal y miembros de la Academia Pontificia para la vida, deseo expresaros con sincera cordialidad mi cercanía y mi apoyo. Con estos sentimientos, encomendando vuestro trabajo a la protección de María, os imparto a todos la bendición apostólica.

Benedicto XVI
Discurso a un congreso organizado por la
Academia Pontificia para la Vida
27 de febrero de 2006

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

LITURGIA - CELEBRACION

EUCARISTIA:

Misa para pedir la gracia de una buena muerte (MR, Misas por diversas necesidades).

CELEBRACION DE LA PALABRA:

Primera lectura: El Señor eliminará la muerte para siempre: Is 25,6-10.

Salmo responsorial: Padre, en tus manos pongo mi vida: Salmo 30.

Segunda Lectura: En la vida y en la muerte somos siempre del Señor: Rm 14,7-9.10-12.

Evangelio: Llega el esposo, salid a su encuentro: Mt 25,1-13.

PREGUNTAS PARA UNA REFLEXION INDIVIDUAL O EN GRUPO

1. ¿Por qué es tan importante el respeto a la vida?
2. ¿Quiénes son las primeras víctimas allí donde falta este respeto?
3. ¿De qué forma testimoniamos nosotros el respeto a nuestra propia vida?

ORACION - MEDITACION

Homenaje a Aquel que lo sabe todo

Salmo 139 (138), 1-19

Yahvéh, tú me escrutas y conoces; sabes cuándo me siento y cuándo me levanto, mi pensamiento calas desde lejos; observas si voy de viaje o si me acuesto, familiares te son todas mis sendas. Que no está aún en mi lengua la palabra, y ya tú, Yahvéh, la conoces entera; me aprietas por detrás y por delante, y tienes puesta sobre mí tu mano. Ciencia es misteriosa para mí, hartamente alta, no la puedo alcanzar.

¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu, a dónde de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si en el šeol me acuesto, allí te encuentras. Si tomo las alas de la aurora, si voy a parar a lo último del mar, también allí tu mano me conduce, tu diestra me aprehende. Aunque diga: "¡Me cubra al menos la tiniebla, y noche sea la luz en torno a mí!", la misma tiniebla no es tenebrosa para ti, y la noche es luminosa como el día.

Porque tú mis riñones has formado, me has tejido en el vientre de mi madre; yo te doy gracias por tan grandes maravillas: prodigio soy, prodigios son tus obras.

Mi alma conocías cabalmente, y mis huesos no se te ocultaban, cuando era yo hecho en lo secreto, tejido en las honduras de la tierra.

Mis acciones tus ojos las veían, todas ellas estaban en tu libro; escritos mis días, señalados, sin que ninguno de ellos existiera.

¡Cuán arduos me son, oh Dios, tus pensamientos, qué incontable su suma! ¡Son más, si los recuento, que la arena, y al terminar, todavía estoy contigo!

INTENCION MISIONERA

Para que en la Península Coreana crezca el espíritu de reconciliación y de paz.

1. Intimas Esperanzas y Expectativas de la Iglesia

La Iglesia de Corea espera y desea ante todo redescubrir su verdadera identidad y volver a nacer como Iglesia de la sal y la luz que ilumina al mundo por medio del gran evento del Jubileo del Año 2000. Aspiramos a que cada miembro de la Iglesia renazca como verdadero cristiano para anunciar que Jesús es verdaderamente el Salvador para cuantos todavía tienen que confesar que Jesús es el Cristo y que cada persona se haga protagonista de la nueva evangelización a fin de transmitir el gozo de la fe en Cristo.

Esperamos que cada miembro de la Iglesia lo refleje con fuerza en su propia vida y actitud, en el tiempo de preparación al Gran Jubileo. En este sentido aspiramos a que dentro de la Iglesia los clérigos, los religiosos y los laicos renueven el conocimiento del ministerio recibido y refuercen la conciencia de su vocación a fin de construir el Reino de Dios en la situación de cada uno. Deseamos también que cada diócesis de la Iglesia coreana crezca en el tercer Milenio a través de un proceso de preparación al Jubileo y del Sínodo que ya están iniciando. Aspiramos a que cada uno caminará del materialismo a la vida, "hacia los cielos", y así la fe quedará reforzada.

2. Esperanzas y expectativas para la sociedad

La Iglesia coreana espera que el gran acontecimiento, el Gran Jubileo del Año 2000, no se encierre en los confines de la

Iglesia. La Iglesia ha de abrirse al mundo porque debe existir para el mundo. Deseamos que la Iglesia católica brinde salvación, alegría y esperanza a los no Cristianos, mediante el testimonio de la celebración de la Encarnación del Salvador del Año 2000. Queremos también que la Iglesia coreana - que constituye sólo el 8% de la población - se transforme con el espíritu del Jubileo. Por esta razón, tratamos de renovar la sociedad con proyectos financiados por especiales Agencias de publicidad que nos ayudan a recuperar la identidad de cada uno, a alentar a todos a renovar el mundo y a estabilizar la situación económica. Aspiramos a que este Jubileo sea ocasión de reflexionar sobre la importancia y la belleza del ser humano, e ilumine el espíritu de cultura y vida de los coreanos quienes, durante muchas décadas, han dado más importancia al progreso económico y a los bienes materiales, en vez de los valores del espíritu. Esperamos asimismo que estos impulsos sociales ayudarán a construir una sociedad de justicia donde ninguno sea ignorado y todos gocen de la misma libertad y los mismos derechos, y donde aprendamos a apreciar y proteger la naturaleza, don del Creador.

La mayor aspiración de los coreanos es la reunificación del Norte de Corea con el Sur. Si el Norte y el Sur llegan a unirse con un corazón de reconciliación, el Jubileo significará un año de júbilo y liberación para nuestra nación.

Joseph Kyeong
Obispo de Taejón
1998

DICIEMBRE

DICIEMBRE

Para que la sociedad humana atienda con solicitud a las víctimas del SIDA, especialmente a los niños y a las madres, y que la Iglesia les haga sentir el amor del Señor.

1. La Jornada mundial contra el SIDA de este año, promovida por UNAIDS, con el lema "Detengamos el SIDA. Mantengamos la promesa" quiere hacer un llamamiento a todos, en especial a los que tienen cargos de responsabilidad en el campo del VIH/SIDA, impulsándolos a un renovado y consciente compromiso con el fin de prevenir en forma duradera la difusión de esta pandemia y a asistir a los enfermos, especialmente en los países pobres, delimitando e invirtiendo la tendencia al crecimiento de la difusión del contagio por VIH/SIDA.

2. El Consejo Pontificio para la pastoral de la salud se une a las instituciones y organizaciones nacionales e internacionales y en particular al UNAIDS, que cada año organiza una campaña mundial de lucha contra el SIDA, a fin de que a este mal planetario, que acarrea una crisis global, se responda con una acción al mismo tiempo global y coral.

La adhesión en el 2001 de los jefes de Estado y de los representantes de los gobiernos, a la Declaración de compromiso para luchar contra el VIH/SIDA, constituyó un importante momento de toma de conciencia y de compromiso político a nivel mundial para reaccionar y dar una respuesta fuerte, global y decidida por parte de la comunidad internacional.

3. La situación epidemiológica del VIH/SIDA sigue proporcionando grandes preocupaciones; se calcula que en el año 2005 las personas afectadas por el VIH llegaban a 40,3 millones, de las cuales 2,3 millones eran menores de 15 años. Cada año aumenta el número de personas contagiadas; en el 2005 han contraído el virus